

PETER KAPRA

AÑO 500.000

PETER KAPRA

AÑO 500.000

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez 151
BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 30546-1969

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

¿Cómo puede ser la Tierra dentro de quinientos mil años?



CAPÍTULO PRIMERO

An Lowe abrió los ojos y miró hacia la esfera roja que parecía suspendida en el centro del visor de referencia tangente-orbital. Reconoció la Tierra.

No se emocionó. Regresar después de seis mil años a su mundo no podía emocionarla. Nada, absolutamente nada, podía emocionarla.

Sintió a G'wer, el «oriano», decirle sensorialmente:

—En tres horas estaremos allí, «Eldem».

G'wer debía de estar viéndola, desde su torre de acero, la antena de ochenta mil metros, el faro de la Galaxia. No era humano. Vivía dentro del receptáculo de vidrio, entre esporas metálicas, circuitos y ultrafotocélulas. Un curioso «robot» de mente más compleja que la humana.

An había conversado muchos años con G'wer. Mil años o más, intentando penetrar en las «ideas» de G'wer, sin lograr comprenderle.

—Sí, G'wer —pensó An Lowe, dirigiéndose al «oriano»—. En tres horas es-ta-ré allí.

—Yo voy contigo.

—No. Tú estás en T'gar. Tú no puedes moverte. Eres inamovible físicamente. Necesitas energía externa para tu traslado.

—Voy contigo, «Eldem».

—¡No soy mujer! ¡No me llames «Eldem»!

An Lowe tuvo la impresión de escuchar en su mente la risa burlona del «robot» que nadie parecía haber construido.

—Voy contigo, An Lowe.

Era como estar hablando consigo misma. Ella viajaba sola, en una máquina inversora de tiempo. Sólo así podía volver a la Tierra y recorrer cien millones de años luz en pocas semanas.

¡Tiempo!

¿Qué era el tiempo? An Lowe había intentado comprender a G'wer en su definición del tiempo. Jamás lo consiguió. «El tiempo es el ciclo de la materia desde la nada al todo, inmensurable, eterno, infinito; es la causa de mutaciones de los cosmos, alterable siempre en factor de espacio.»

An Lowe computó aquellos extraños datos, sin éxito. Envió la referencia al Centro de Clasificación terrestre. Tampoco lo comprendieron. G'wer parecía burlarse de todos ellos. Cien mil sabios perplejos.

¡Cuántos problemas sin resolver!

An Lowe evocó a Diógenes, que aumentaba el caudal de su

ignorancia en proporción a sus conocimientos. La raza a la que ella pertenecía, la más antigua en razón de historia, no era la más sabia. Existieron otras, ya desaparecidas, que fueron más sabias. G'wer era un testigo de ello.

¡Y G'wer no podía ser destruido, ni siquiera Orian podía serlo!

—No debes venir, G'wer. No puedes abandonar tu puesto. Tu misión es sagrada.

—Ya no existen navegantes del cosmos. El universo está desintegrándose a medida que se integra la nueva materia en el otro espacio universal, mil veces infinitamente más grande. Voy contigo porque te puedo ser útil. Tus jefes te necesitan y me necesitan. Tú me has enseñado el camino de la Tierra. De allí procedo.

—¡Eso no me lo habías dicho nunca! —exclamó An Lowe, viendo como aumentaba el tamaño del globo rojo en el visor de referencia tangente-orbital, gracias al que sabía que en poco tiempo debía integrarse y recobrar su forma humana y la máquina inversora de tiempo se convertía en nave sideral.

—Me hicieron los «orianos». Ya sabes eso. Pero los «orianos» fueron hijos de los «verstes», y éstos lo fueron de los «tlamankos». El origen de los «tlamankos» estuvo en Haargo, y allí estuvieron los terrestres, durante doce siglos. «Tlamankos» y terrestres se fusionaron en una misma raza.

—Sí —admitió An Lowe—. Fue en el año 12.000 de la Era Cristiana. La Expedición «Werk» conquistó Tlamank irradiándola de berilio explosivo. Necesitaron cien años para descontaminar el suelo, y aún encontraron «tlamankos» con vida.

—Exacto. Dieciocho millones habían sobrevivido al desastre.

—¿A ti te hicieron los «orianos», concretamente?

—¿Quién sabe lo que había auténticamente de «orianos» en ellos? Se transmitieron muchos datos. ¿Por qué os preocupáis de mí, «Eldem»? ¿En qué os puedo ser útil?

—Has sido faro y guía, durante millones de siglos, de los viajeros del cosmos —dijo An.

—Sí. Y vosotros habéis sido cuna de conquistadores de razas.

—Nosotros hemos avanzado y retrocedido en los ciclos espaciales. De la ignorancia hemos pasado a la sabiduría, dominamos la materia, la energía, la razón y la mente.

—Erais mortales.

—Ya no. La muerte fue vencida. Recogimos la herencia ancestral de nuestros más primitivos antepasados de la primera generación antropológica. —An Lowe podía recordar cuanto había asimilado sobre historia en los encefalotransmisores—. Nuestro origen fue

biológicamente animal, irracional, y por adaptación al medio, nos desarrollamos. Fuimos tribu familiar, tribu política, nación o pueblo, hasta llegar a raza.

—Idéntica evolución que otras razas —respondió G'wer, a través, del espacio—. Y, sin embargo, las otras fueron dominadas por vosotros, esclavizadas…

—¡La esclavitud terminó hace más de cuatrocientos cincuenta mil años!

—Tiempo. Los terrestres siempre medís el tiempo. Es vuestro mayor vicio. ¿Por qué?

—Atavismo ancestral, instinto de superación, reducción de distancias, todo eso.

—Sí, entiendo, «Eldem». Llegar antes, cuando se ha de llegar de todos modos, pese que ahora no tenéis muerte.

—Tampoco nuestro cuerpo es como era antes. En cambio, tú siempre serás como te hicieron los «orianos».

—¡No, alto! —replicó G'wer—. También poseo adaptabilidad al medio externo.

—¿Sí?

—Lo verás cuando te integres a tu forma humana…

* * *

El visor de referencia actuó automáticamente en el instante preciso. No podía fallar. Su «memo» eran células de germanio puro.

¡Y por vez primera en seis mil años, An Lowe se vio las manos!

Algo en su poderoso cerebro debió alterarse violentamente. Ella no había tenido jamás aquella forma… ¡Ni poseyó cinco dedos! ¡Ni uñas! An Lowe había sido un cerebro sexo femenino.

¡No poseyó jamás cuerpo, ni corazón, ni extremidades! Había sido un ser normal.

¿Qué había ocurrido?

Su pánico debió de aturdiría, porque olvidó colocar el control de vuelo orbital y la nave en que se había convertido la máquina inversora de tiempo empezó a cabecear violentamente, al contacto con las dispersas moléculas del nitrógeno exterior.

Su mente, empero, actuó por ella. Inductores magnéticos pulsaron los mandos y el cabeceo cesó.

An Lowe recordó haber visto anteriormente una figura como la suya. Los estudios históricos le habían mostrado a la mujer primitiva. Y ella era ahora una de aquellas mujeres de medio millón de años atrás, que sentían vergüenza de su desnudez.

An Lowe no estaba desnuda, por fortuna. Si no, también habría

sentido pudor, pese a encontrarse sola, porque sabía que muchas mentes estarían ya asombradas ante el fenómeno de su transformación.

Sobrecogida, no pudo por menos que exclamar:

—¡G'wer! ¿Qué me ha ocurrido?

Las ideas de G'wer no llegaron ahora a su mente. El silencio la envolvía, medio volcada sobre aquel alvéolo, en forma de cavidad ovular en donde habría debido de estar su mente poderosa.

An Lowe se sorprendió a sí misma tocándose rostro, cuerpo, ropas, piernas y brazos, maravillada de poseer una forma tan antigua. Era incomprensible que la máquina inversora del tiempo la hubiese trasladado a otra época.

Ahora, a través de la ventana panorámica, podía distinguir perfectamente la esfera roja del planeta hacia el que se dirigía. La Tierra era aquélla. No había cambiado en seis mil años. Pero, sin duda, tampoco era igual que en la época a que correspondía el extraño aspecto de An Lowe.

—¿No me oyes, G'wer? —insistió.

—Sitúese en órbita exterior —llegó hasta ella una voz, como metálica—. Sitúese en órbita exterior… Debemos identificarles… Debemos identificarles. ¿Cuál es su origen?

—Orian —dijo ella—. Soy la profesora An Lowe, del Centro de Clasificación terrestre. Regreso después de seis mil años de investigación en el faro galáctico.

—No correcto… No correcto… —repitió la voz, insistentemente.

An Lowe comprendió que no tenía más remedio que obedecer, o una descarga de «aniones» la pulverizaría en el instante mismo en que fuese un centímetro más allá de la órbita exterior.

—Establezcan contacto con el profesor Arren… Establezcan contacto con el profesor Arren… Él sabe mi regreso. Me ha ocurrido un extraño fenómeno al reintegrarme al estado material. Mi cuerpo no es igual que fue antes. Pertenece a un ciclo histórico muy remoto.

—¿Dice ser la profesora An Lowe? —preguntó la voz metálica, que parecía filtrarse a través de los mamparos metálicos de la nave.

—Sí, lo soy.

—¿Cuál es su sigla de identificación? ¡Hable!

—Sub-Atlas-45-689-260-145-An Lowe-63.

—Correcto. Aguarde. Computaremos.

Fue preciso esperar. An Lowe tuvo tiempo para ponerse en pie, debiendo permanecer inclinada, porque su actual volumen no era el más indicado para permanecer en la cabina.

Por este motivo consideró conveniente pasar a la sala de equipo,

en donde estaba todo el material clasificado, las máquinas de registro y grabación, los accesorios y repuesto. Ella había podido moverse antaño por medio de sus impulsores mentales.

¡Ahora caminaba y se sostenía sobre largas y extrañas piernas, que su mente accionaban!

Su mano derecha, blanca y fina, a través de cuya piel se percibían las venas azules, tocó el pulsador que otro habría empujado alguno de sus «disparos» sensoriales.

La puerta, ligera como el papel y sólida como el tungsteno, se abrió, dejándola pasar. Tubo de hacerlo agachada. Pero en la sala pudo erguirse. ¡Y su asombro se repitió una vez más, al ver algo horrendo sentado en una extraña silla metálica!

—Hola, «Eldem» —dijo «aquello», que era lo más parecido a un hombre de la antigüedad, vestido con una especie de buzo amarillo—. Soy G'wer.

—¿G'wer? —exclamó ella, retrocediendo y tropezando contra el mamparo metálico—. ¡No, no es posible!

—¿Te repugna, acaso, la forma de nuestros antepasados? Así era, como me ves ahora, el «oriano» que me construyó. Recuerdo perfectamente lo que hizo grabar en mis células: «Vas a ser más perfecto que Hércules, G'wer». Su sentido de la perfección era un tanto extraño.

Oyendo hablar al «aparecido», An Lowe no salía de su asombro.

—¡Estás en T'gar! ¡No puedes ser G'wer!

—Aunque no lo comprendas, puedo estar en esencia en T'gar y albergado aquí dentro de esta envoltura humana.

—¡Por Dios, G'wer! ¡He pasado seis mil años estudiándote y todavía no te comprendo!

—No me comprenderás jamás. Yo mismo tampoco me comprendo. Debía ser perfecto y ya yes que no lo soy —al decir esto, aquel hombre se levantó.

Era alto, bien proporcionado, esbelto al gusto clásico helénico, de cabellos cortos, rizados y rubios, ojos claros e inteligentes, rasgos perfectos, nariz griega y labios finos. Su musculatura se adivinaba bajo el buzo amarillo, ajustado y elástico.

An se dio cuenta de que ella era ligeramente más baja que él, pues, para mirarle a los ojos, debía levantar la mirada. Sin embargo, G'wer resultaba agradable.

—Mírate sobre el vidrio de esa pantalla, «Eldem» —dijo él.

Ella obedeció. Y se vio insólita. Poseía el cabello ensortijado, con bucles, algo más rubio que G'wer. Su rostro era alargado, pálido, de grandes ojos y largas pestañas doradas, boca de labios armoniosos y

rojos, pómulos ligeramente salientes y barbilla redondeada.

¡Y bajo sus ropas, también amarillas y ajustadas, vio sus formas cadenciosas, su breve cintura y sus senos erguidos!

—¿A qué época corresponde esta forma humana?

—Primera generación, hace cuatrocientos ochenta mil años… ¡Siempre el tiempo, «Eldem»! —contestó él, con agradable voz de barítono.

Ella se volvió a mirarle.

—Mis coterráneos no me reconocen. No autorizan mi entrada en las ciudades subterráneas de mi mundo.

—No me extraña. Pero habrán de admitirte. Eres su congénere.

—¿De qué medio te has valido para darme esta primitiva forma?

—Es simple. Yo no puedo rehacer aquello para lo que no he sido preparado. Mi creador tenía esta idea del ser humano. Me la transmitió y yo la reproduzco. Siento estar desfasado.

—¿Tan viejo eres?

—Insisto una vez más, «Eldem». El tiempo no existe. Eres lo que eres, y soy lo que soy.

—¿Y de dónde has obtenido todo… todo esto?

—¿La materia? Es fácil. Poseo células de absorción física. La materia está ahí, inerte siempre. Sólo he necesitado moldearla. Crear un cuerpo era asombroso en la antigüedad. Ahora resulta prácticamente infantil. En cambio, tu cerebro es el mismo.

—¿Y tu cerebro? —insistió An.

—Aquí tengo un remedo. El principal se encuentra en T'gar —G'wer sonrió de modo muy agradable—. Pero recuerda que estos cuerpos sienten apetencias. Necesitan alimentos biológicos, hidratos, carbonos, proteínas, etc. También puedes sentir atracción sexual.

An Lowe no se dio cuenta de que su semblante enfurecía.

—¿Por qué has hecho esto, miserable robot?

—¿Por qué? Es sencillo. En el mismo instante en que te debías materializar, habrías muerto.

—¡Yo no puedo morir! —gritó An, con voz chillona.

—Lo siento, pero es así. Tu cerebro se habría roto. Estabas adaptada perfectamente a T'gar. Podías trepar hasta mi torre, observar los mecanismos de observación cósmica, mis controles, descubrir mis secretos más simples. Eres observadora y sagaz y por eso te enviaron. Pero no has logrado descubrir mi verdadero secreto. En cambio, yo descubrí todos los tuyos. Y te tomé afecto, porque yo, pese a ser una extraña máquina, siento afectos, cosa que tú no puedes hacer.

»Por eso te he acompañado, por eso te he salvado la vida. El peligro estaba en la adaptación al medio. Tu mundo es más reducido

que el mío. Las radiaciones son aquí más intensas y tus defensas naturales, protegidas siempre por las mías, se han reblandecido.

»Habrías muerto, «Eldem». Por eso he cuidado de ti. Por eso te he reproducido en el mismo instante en que debías fenecer. Y, por lo tanto, me debes la vida.

—¿Y no podré recuperar mi forma anterior?

—Sí, naturalmente. Cuando el Centro de Clasificación terrestre conozca la verdad, posiblemente te envíen definitivamente a T'gar para que continúes tu trabajo. Y pasarán diez mil años más y puede que entonces, si te aplicas, empieces a conocer algunos de mis circuitos más simples.

An Lowe sintió la imperiosa necesidad de utilizar el asiento en que G'wer había estado sentado. La cabeza le daba vueltas, aturdida… ¡Todo había sido un fracaso! ¡Había perdido seis mil años de estudios, en el infructuoso intento de descifrar uno de los mayores enigmas del cosmos!

Sintió que la mano de G'wer le acariciaba suavemente la cabeza.

—¡Pobrecilla! —exclamó él—. Créeme que lo siento. Pero agradéceme que puedes volver así a tu mundo. Tus semejantes no te reconocerán, aunque habrán de admitir que eres An Lowe. Espero que sean capaces de comprender la verdad, aunque les costará trabajo.

—¡Es inaudito, G'wer! ¡Incomprensible! ¡Nosotros hemos dominado todas las ciencias, hemos desentrañado todos los misterios, hemos llegado a la esencia misma de la vida…! ¿Cómo es que el «oriano» que te construyó te hizo infinitamente más perfecto de lo que él mismo era, dado que en aquel tiempo aún existían misterios por descubrir?

—El «oriano» que me construyó era mucho más perfecto de lo que sois ahora vosotros. Vuestro concepto de la perfección no era el suyo. Vosotros creéis que un huevo de hueso, con ojos y boca, y capaz de trasladarse a impulsos magnético-mentales, es el grado sumo de la perfección. Y estáis equivocados.

»El ser humano ha dispuesto siempre de una maquinaria anatomicobiológica, que le ha permitido alcanzar las metas más distantes. Moría, sí, lo cual venía a ser una especie de descanso a su esfuerzo, pero tras sí dejaba una semilla predispuesta a mayores logros, dada la gran capacidad de continuidad que poseía la raza.

»¿Ahora qué? Sois once mil millones de seres exactamente iguales. Lleváis viviendo juntos un número enorme de siglos. No tenéis problemas de ningún tipo, nada os amenaza, nada os preocupa, excepto yo. Habéis llegado al máximo en todo… ¡Y sois inmortales!

»¿Cuál es vuestro destino? Ni siquiera pensáis ahora en eso. Ni a vosotros ni a vuestras máquinas pensantes les preocupa ya la ciencia.

En cambio, el «oriano» que me creó era infinitamente más sabio que vosotros. Su raza procedía de la vuestra. Se había enriquecido mentalmente, y lo que vosotros sabéis ahora, él lo sabía hace miles de siglos… ¡Incluso sabía más!

—Profesora An Lowe, preséntese en la estación orbital KW-3.567… Profesora An Lowe, preséntese en la estación orbital KW-3.567… —repitió la voz metálica que ahora escuchaba An en sus oídos, como transmitida por la débil atmósfera del interior de la nave.

CAPÍTULO II

Impersonal como robots policías, la máquina hizo fluctuar sus «ojos magnéticos», pretendiendo escudriñar la mente de An y de su acompañante. Era evidente que no lo conseguía y recurrió a sus circuitos de impresión hablada.

—Aclaremos… El profesor Arren confirma que se encontraba usted en Orian, estudiando el circuito hiperelectrónico del faro cósmico… Estaba usted sola… Permaneció allí seis mil años… Envió quince mil cuatrocientos noventa y un informes… ¿Es usted An Lowe?

—Sí.

—¿Y él, quién es?

—¡No lo sé! Dice ser una creación biólogo-antropólogo-fisiológica de G'wer, el mecanismo robot que controla el faro de T'gar.

—Bien. Aguarden. Consulto —respondió el robot policía, encargado de la estación orbital KW-3.567.

An se volvió a G'wer, que estaba sonriendo, a su lado, sentado y con las piernas cruzadas, sobre aquel extraño asiento largo y blando, que se suspendía en el aire, como cuerpo antigravitacional.

Se encontraban en una sala iluminada profusamente, de intensidad solar, y la luz penetraba a través de amplias ventanas de cristal de roca, procedente del cosmos.

El Sol, rojizo y apagado, apenas irradiaba ya. Era un astro casi muerto. Pero las máquinas del hombre colocaban periódicamente sobre él la cantidad de polvo radiactivo suficiente como para mantener sus ciclos constantes, a la temperatura controlada ideal.

Otra ventaja adicional era el aire que llenaba la sala. G'wer lo había exigido. Al robot policía poco podía perjudicarle el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y las pequeñas cantidades de helio, argón y flúor de la artificial atmósfera en que estaban envueltos los dos seres llegados de Orian. Era una máquina perfecta, aunque no podía comprender, por sí sola, la causa de la transformación de An Lowe… ¡Y mucho menos la llegada inusitada de G'wer!

—El Centro de Clasificación se ha convertido en un avispero de terrestres excitados —dijo G'wer—. Nadie se explica lo que ocurre. Ése debe ser una prueba de recesión científica.

—A veces creo que te burlas, G'wer.

Él se puso la mano en el pecho y su semblante se hizo serio.

—¡Prometo que ahora no me burlo! —replicó.

—Hay sarcasmo en tu acento.

—No, lo juro. Pero en mí se despierta el deseo de reír un poco.

Esta liberación me hace sentirme hombre cínico del viejo período. ¿Sabes que entonces habían seres que no creían en nada, por simple atavismo? Algo así me siento yo.

De nuevo fluctuaron los «ojos magnéticos» del robot policía.

—Se admite, con reservas, que, pese a su aspecto extraño, pueda ser usted An Lowe. Las máquinas confirman su identificación. Pero crea un problema de readaptación en la sociedad su regreso en esa forma tan… clásica. En cuanto a él, su caso es distinto. Deberá ser trasladado al Centro de Inspección e Investigación, por no ser humano.

—¡Ah, no! —exclamó G'wer, poniéndose en pie—. Temía eso. Ustedes lo abren todo, lo fraccionan todo, lo destruyen todo. ¡Y yo no puedo ser destruido, o lo sería ella también! Formamos dos cuerpos de una misma materia, cuya descomposición afectaría a ambos.

—Lo siento. Se admite a la profesora Lowe, pero usted debe ser enviado al Centro de Inspección e Investigación para su reconocimiento.

—¡Pues no! —exclamó G'wer, mirando fijamente la envoltura del robot policía.

¡Y An Lowe creyó ver un destello en los ojos claros de G'wer!

El destello se intensificó, se hizo vibrante, tomó cuerpo y despidió luz. A consecuencia de ello, el robot policía sufrió una fuerte contracción, se apagaron sus «ojos magnéticos» y de sus ranuras sonoras empegó a surgir humo blanco. Después, surgieron chispas y terminó por escucharse una explosión.

—¿Qué has hecho? —exclamó An Lowe, cuando salió de su asombro, poniéndose en pie y retrocediendo.

—Lo he destruido, sencillamente —dijo G'wer.

—¿Cómo?

—Recurriendo a mi fuerza de desintegración mental. Si le dejo, esa máquina me habría trasladado al Centro ese de destrucción total, y si mi cuerpo es descompuesto, también lo será el tuyo.

—¿Es cierto, pues, que estamos unidos por vínculos biológicos?

—Muy cierto. Mi mente no puede ser aniquilada, porque no radica aquí. Está allá en Orian y lo que aquí poseo es una extensión. Pero tú sigues siendo An Lowe, y mi destrucción parcial, sería la tuya total.

—¿Por qué? —preguntó ella, asustada.

—Te lo dije. Te habías adaptado demasiado a T'gar. El regreso sin mí te era fatal. De eso ha de darse cuenta el Centro de Clasificación. Si quieren salvarte, han de autorizar tu regreso a Orian antes de… —G'wer sonrió, añadiendo—: Lo siento, el tiempo es vuestro peor enemigo. Jamás le venceréis… Antes de un año. No hay más energía

que ésa.

—¿Y si no vuelvo?

—La raza humana descubrirá, atónita, que no ha vencido a la muerte.

—¡Yo no puedo morir, ni bajo este aspecto, ni bajo otro cualquiera! —contestó An Lowe, altivamente.

—Sentiría mucho realizar esa prueba. Te he tomado afecto, «Eldem».

—¡No me llames «Eldem»!

—Me gusta llamarte así. En mi existencia solitaria, la poesía era la única distracción.

An Lowe intentó sonreír. Recordó lo que G'wer le había dicho, allá en Orian, acerca del significado de «Eldem». Se trataba del nombre de una extraña diosa que coleccionaba flores de todo el universo conocido. Y la flor más bella, la más sugestiva, fascinante y bella, estaba dentro de una voraz planta carnívora, procedente de un mundo densamente vegetal en donde los animales habían sido vencidos por las plantas. Aquella flor pudo ser transportada al país-planeta de «Eldem» gracias al sacrificio de muchas vidas. La flor era roja, como la sangre devorada. Pero «Eldem» no se podía acercar a acariciar sus pétalos.

»Al fin, comprendiendo lo inútil de los sacrificios humanos para conservar viva y lozana la flor maléfica, «Eldem» decidió sacrificarse ella, porque no podía resistir la tentación de acariciar, aunque sólo fuese por vez postrera, los tentadores pétalos rojos.

»Y un día, «Eldem» avanzó hacia la flor, se sintió prendida en las garras vegetales y atraída hacia el embriagador y maravilloso perfume de la flor roja.

«Eldem» pudo acariciar sus pétalos con los labios y su muerte fue algo sublimemente dulce, celestial, grato e inefable, como la diosa no había saboreado nada en toda su existencia, tanto que de haber tenido mil vidas, las habría sacrificado todas en aquella muerte tan dulce.

—¿Por qué me comparas con esa diosa? —había preguntado An Lowe al escuchar aquel extraño cuento.

Y él había respondido, un tanto enigmáticamente:

—Quizá tu destino sea parecido al de la diosa «Eldem».

An Lowe había nacido en un laboratorio de la ciudad subterránea de Sub-Atlas y desde que tuvo uso de razón sabía que su destino no era morir. Sin embargo, después de vivir diez mil años, seis mil de los cuales los había pasado en el solitario y gigantesco mundo de Orian, ahora empezaba a temer un fin, tal vez trágico.

G'wer la había bautizado con el nombre de una diosa fabulosa de

su mente poética. Ni siquiera estaba segura de que «Eldem» hubiese existido jamás. G'wer no era más que un robot vigía, una máquina pensante… ¡Pero de una cualidad tan extraordinaria que ella dudaba mucho pudiera ser imitada siquiera por la raza humana!

—Iremos al Centro de Clasificación —dijo él, seriamente—. Nos recibirá una comisión técnica, entre la que está el profesor Arren.

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió ella, que cada vez parecía más inmersa en el pasado mental de su raza.

—He captado su decisión. Nos autorizan a tomar la nave y descender hacia tu planeta.

—Bien. Vamos, pues. No soporto el olor a materia quemada de esa máquina destruida por ti —replicó la esbelta muchacha, yendo hacia la puerta que conducía a la cámara de amarre espacial.

La nave estaba allí, como la habían dejado al llegar. G'wer permitió que An Lowe subiera primero. Él lo hizo después y sus manos blancas y fuertes cerraron la compuerta. Luego, presionó los controles y retrocedió a la cabina del equipo, donde estaba An Lowe.

Fue allí donde G'wer se acercó a ella y pasó sus manos por la cintura de ella, atrayéndola hacia sí.

—Un mandato del pasado —dijo G'wer.

—¿Qué? —se sorprendió An, enrojeciendo leve e instintivamente.

—Un beso, amor.

—¿Un qué? ¡Suéltame! ¡Me aho…!

Los labios de G'wer cerraron la boca de An Lowe.

* * *

Al sobrevolar la superficie de la Tierra, An Lowe contempló una vez más el inmenso desierto rojo de que se componía el suelo uniformemente igual. Ella sabía que muchos siglos atrás, la Tierra no había sido así.

Se conservaban mapas en relieve del accidentado suelo terrestre. Ahora no existían mares, ni ríos, ni montañas, ni bosques. Todo era uniformemente igual.

De vez en cuando, confundiéndose con el rojizo suelo, se veían como grandes láminas circulares. Esto indicaba que allá abajo existía una población humana. Cada urbe subterránea tenía un número. SubAtlas ostentaba el número 11.583. Los millones de habitantes de aquella urbe subterránea que debían salir cruzaban por osmosis magnética la plataforma transparente y salían al exterior. Para entrar hacían lo mismo.

Sin embargo, para trasladarse de una urbe a otra, utilizaban los medios de comunicación subterráneos, los rápidos trenes silenciosos,

seguros y cómodos. Todo el mundo estaba comunicado por el subsuelo, como una gran tela de araña de túneles de grandes dimensiones.

No existían sembrados, ni prados. El ser humano no necesitaba alimentación, como sus antepasados, sino energía y ésta la absorbía periódicamente de las fuentes públicas, sin necesidad de abonar nada por ello, puesto que el dinero no existía, ni existían los bienes.

Sociedad más uniforme que la del año quinientos mil no hubo jamás otra. La perfección era absoluta.

Todos los seres humanos eran exactamente iguales. No había varones ni hembras, no nacía nadie, y nadie se moría. Cada uno realizaba una función esencial, a la que llamaban mentalmente trabajo, por atavismo, y nadie hablaba. Se comunicaban sensorialmente entre sí, se aislaban cuando convenía, en sus «casas» simétricamente iguales, como las celdas de una colmena, y el silencio era absoluto por vías urbanas y bloques de viviendas.

Ciudades sin ritmo ni trepidación, al parecer muertas, donde los seres, especies de monstruos de enormes cabezas con ojos, se deslizaban sin tocar el suelo, sin tropezar unos con otros, sin detenerse, hacia sus puestos de estudio antiguo.

La humanidad ya sólo estudiaba la Historia. El futuro no interesaba a nadie. Se sabía todo —¡o se creía saber!—, no habían amenazas ni ansias de nuevas conquistas. ¿Dónde podía ir el hombre, que ya no hubiese estado? ¿Qué podía hacer que no se hubiese hecho?

De aquí la obsesión de buscar en el pasado algo que alguien no hubiese podido lograr. Un problema, enigma, misterio o pensamiento que no hubiese tenido respuesta.

—Es curioso tu mundo —dijo G'wer, que estaba apoyado de codos en una de las ventanillas panorámicas—. Antiguamente poseía belleza natural y selvática. Tenía mares…

—¿Cómo lo sabes? —preguntó An, todavía no repuesta de la impresión enervante del beso.

—Me lo enseñaron mis células fotoeléctricas. Conozco millones de mundos. Y el tuyo, sin duda, debía ser el primero… El hombre lo ha transformado todo. Secó los mares, alisó montañas, lo igualó todo, idealizó la simetría… ¡Y dispersó el sílice sobre toda la superficie del planeta, como un elemento inservible!

—Arcilla —rectificó An Lowe.

—Los distintos nombres de una cosa no modifican su esencia —contestó G'wer, volviéndose a An Lowe y envolviéndola en una mirada cálida—. ¿Sabes que me gusta tu compañía? Es curioso que siendo seres completamente distintos, tú y yo, logremos comprendernos tan

bien.

—¿A qué obedece eso?

—Mis constructores tuvieron en cuenta posibilidades extraordinarias.

—¿Como si supieran que alguna vez habríamos de encontrarnos? —preguntó An.

—Sí… Como si lo supieran. Déjame hablarte de ello. Te explicaré mi origen.

—Lo sé —atajó An Lowe—. Los orianos habían perdido numerosos navíos espaciales durante las apocalípticas tormentas siderales. Necesitaban una estación de vigilancia y eligieron T'gar para levantar una elevadísima antena.

—Sí. Eso fue. Pero alguien quiso que el cosmos estuviese siempre protegido —añadió G'wer, acercándose a ella y mirándola rectamente a los ojos—. Necesitaban construir algo que sobreviviera incluso a ellos mismos. Los orianos sabían que nada hay eterno.

—Nosotros lo somos.

—Puede que alguna vez os deis cuenta de que eso no es cierto. Pero no nos apartemos del caso. Había un jefe oriano entonces, de nombre Tlarri, que quiso darme toda la ciencia que ellos poseían, y aún más. ¿Cuánto tiempo hace que desaparecieron les orianos?

—Veinticinco mil años.

—Exactamente. Y yo todavía sigo absorbiendo energía cósmica. Por lo tanto, sobrevivo a Tlem y me he perfeccionado. No guardo a los orianos ni gratitud ni lealtad… ¡Y mucho menos pretendo buscarme un nuevo amo en la raza humana!

—¿Qué es, pues, lo que te propones?

—Explicarte algo que no tiene explicación. Te decía que sin duda Tlem debía de conocer el futuro. Les era fácil proyectarse en él y recorrer millones de años hacia adelante. ¿Por qué no podemos encontrarnos en el pasado, respecto a una de esas incursiones suyas?

—Podría ser. Los viajes del tiempo fueron olvidados hace siglos. Nosotros no los practicamos ya. Nada resuelven. El futuro no nos inquieta.

—Pero a Tlem —siguió diciendo G'wer— debió preocuparle mi futuro. Yo tenía una misión que cumplir. Los elementos monstruosos de la naturaleza cósmica habían causado mucho daño a navegantes siderales que cruzaban en órbitas hiperlumínicas las zonas intergalaxiales.

»En definitiva. Necesitaba que yo, G'wer, el vigía, fuese prácticamente eterno. Esto se resolvió dándome medios de extraordinaria continuidad. En realidad, soy un compendio del

resultado analítico de doce mil máquinas distintas.

»No fue fácil construirme. Tlem empleó muchos años y técnicos. Al final, se superó a sí mismo. No sé lo que fue de él. Debió irse a otro mundo a morir, una vez conseguido lo que se proponía. Para los orianos, la muerte era el descanso eterno, como la vida había sido el trabajo continuo.

»Durante miles de años he advertido del peligro a los navegantes. Localizaba a enormes distancias las tempestades sidéreas, que eran algo espantoso.

—Algo he estudiado acerca de ello —dijo An Lowe, pensativa.

—Por mucho que lo hayas estudiado, no puedes darte la idea exacta de lo que ello significaba. La energía incontrolada de enormes mundos radiactivos en expansión se extendía por zonas inmensas, barriéndolo todo, mundos, soles supergigantes, núcleos incondensados de materia, que estallaba como un flagelo de millones de rayos energéticos.

»Era como si estallase el universo entero. Y su duración era de siglos. Fuego y explosión sin ruido. Millones de grados de temperatura descontrolada, arrasándolo todo a su paso.

»Si el hombre primitivo temblaba ante el simple rayo atmosférico, ¿qué no habían de sentir los navegantes del cosmos al ver una de aquellas tormentas siderales?

—¡Debía de ser espantoso! —exclamó An Lowe, con el ánimo sobrecogido.

—Lo era. Apocalíptico. Pues bien, yo logré condensar aquellas terribles tempestades. Orian es mi base de control. Localizaba el origen de una tormenta y enviaba allí mis ondas catalizadoras, «apagaba» el conato de fuego…

—¡Y has transformado aquella zona del Universo! le reprochó An Lowe. —¡Y sin provecho para nadie!

G'wer se encogió humanamente de hombros.

—Cierto. Porque, salvo tú, nadie ha vuelto por las inmediaciones de Orian desde entonces. Pero yo sigo vigilante. He tenido, además, que emplear mi poder y sabiduría en otras actividades, una vez dominada la tempestad. Dispongo de materia y energía suficiente para trasladarme, reproducirme y reproducirte…

—¡Sí! —atajó An Lowe, enojada—. Me has reproducido con un aspecto primitivo.

G'wer sonrió y respondió:

—Te repito que no tenía otra opción. Al reintegrarte a tu forma, habrías padecido fuertes dolores neurálgicos que te habrían ocasionado la muerte. En realidad, estabas condenada de antemano.

Yo no podía permitir eso. Por lo tanto, estudié el modo de ayudarte.

—¿Has querido decirme que ya no podré ser como era antes?

—Lo repito y lo mantengo. Si quieres hacer la prueba, te costará la vida. Sé lo que digo, An Lowe.

—Pero… ¿este aspecto que tengo es mortal?

—Sí —asintió G'wer, bajando la cabeza—. No tenía otra solución. Así, puedes vivir sesenta u ochenta años más. Lo que vivían siglos atrás las personas de tu raza.

—¿He de morir irremisiblemente?

—Aquí, sí. Si regresas a Orian antes de un año, yo te mantendré en vida, sin que tengas que preocuparte nunca más del tiempo.

—¿Tal y como era? —insistió An Lowe.

—¿Acaso no te gusta esta envolvente? —pareció lamentarse él.

An Lowe no replicó. Estaba pensando en si sus ahora distintos coterráneos sabrían comprender el nuevo y colosal problema que ella les traía. ¿Qué iba a ocurrir en la Tierra, a su llegada?

CAPÍTULO III

La nave descendió hacia la enorme plataforma brillante, hasta situarse exactamente sobre un círculo blanco. Inmediatamente, el piso descendió y los dos tripulantes pudieron ver las paredes interiores, de, material transparente y sólido, por donde descendían hacia el foso simétrico que era SubAtlas.

En pocos minutos, la nave, parecida a una increíble araña, se posó suavemente sobre sus patas articuladas y flexibles. G'wer pudo ver a los humanos que se acercaban, formando filas concéntricas.

Eran seres extraordinarios, todo cerebro, sin piernas ni brazos, que habían desarrollado una capacidad craneana descomunal. No tocaban al suelo, no andaban. Se movían «flotando» en el vacío, por medio de impulsos magnéticos que irradiaban sus poderosos cerebros.

La piel era tensa, surcada de venas azules, fluctuantes. Carecían de nariz y de orejas. Solo tenían una pequeña ranura, a modo de boca, y ojos penetrantes, capaces de ver detrás de los objetos, opacos, gracias al sentido de la percepción sensorial o radar mental, que los hombres habían desarrollado extraordinariamente.

G'wer y An Lowe se encontraban en un espaciodromo. Esto era una especie de plaza circular, de grandes dimensiones, rodeada de altos edificios exactamente iguales. Para un ser normal, allí era facilísimo desorientarse. Aquellos terrestres del año 500.000 no podían perder la orientación.

Pero no todos se acercaron a la extraña pareja que descendió de la nave inversora de tiempo, envueltos en una capa de atmósfera que no les abandonaría ni un instante, como un escudo protector de sus pulmones. Sólo se acercó un ser humano.

An Lowe reconoció al profesor Arren.

—Mucho has cambiado, An Lowe —dijo el profesor Arren, mentalmente—. Se nos hace difícil creer que eres tú.

—Lo soy, profesor —replicó An, verbalmente—. Y él es G'wer.

—¡El oriano que ha destruido un robot policía en la estación orbital KW-3.567!

—Sí. No he podido evitarlo —contestó An, bajando la cabeza.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Puedes comunicarte con él?

—Sí —habló G'wer—. Os entiendo perfectamente. Lo he hecho porque soy superior a vosotros.

La cabeza del profesor Arren, que medía más de cincuenta centímetros de altura, y flotaba en el vacío, ante la pareja, retrocedió unos metros, a consecuencia de un impulso de retroceso instintivo.

—Eres extranjero en la Tierra. Y aquí, atentar contra nuestras personas o propiedades, está severamente castigado.

—¡Vosotros no me podéis castigar! —replicó G'wer—. Yo no soy lo que estáis viendo. Además, An Lowe y yo formamos parte de un mismo ser doble. Vuestra única solución es escuchar todo lo que os tengo que decir y aceptar mi proposición.

—Hay armas desintegradoras dirigidas a ti, extranjero —declaró el profesor Arren.

—Lo sé. He estado captando todos vuestros preparativos, mientras que vosotros no habéis podido captar mis intenciones, que no son las de haceros daño alguno.

—Lo has hecho a una de nuestras máquinas.

—Tenía que defenderme. El robot policía recibió órdenes de retenerme. Sólo podía impedírselo destruyéndole. Pero a vosotros no os quiero hacer ningún daño. Si me lo hacéis vosotros a mí, será uno de los vuestros quien lo reciba. Yo no soy más que materia. Mi generador mental está fuera de vuestro alcance.

Era el profesor Arren el que hablaba. Pero G'wer sabía, como lo sabía también An Lowe, que los seres situados en círculo, detrás del profesor, también estaban exponiendo sus opiniones, y era el intermediario quien, a modo de oráculo, las transmitía.

Así, alguno hizo decir al profesor Arren:

—Nosotros te consideramos un peligro, G'wer. Y no podemos vacilar en destruirte, aunque sacrifiquemos a uno de nuestros semejantes.

—¡No podéis hacer eso! —intervino An Lowe, avanzando un paso adelante y situándose delante de Arren—. Soy miembro de vuestra comunidad. Me enviasteis a Orian a investigar el faro del universo, donde he permanecido seis mil años.

»He vuelto de esta forma y bajo este aspecto. Hay problemas conmigo que debéis conocer y solucionar en una mesa de conferencias. Eliminando a G'wer no sé si me elimináis a mí también. Pero no podéis hacer eso.

—Nuestros estatutos de seguridad son inflexibles, An Lowe. No sabemos quién se ha apoderado de tu mente, ni cómo lo ha hecho. Pero es evidente que no eres la misma que te fuiste.

—¡Pues debéis averiguar el fenómeno y aclarar el misterio! —gritó An—. ¡Eso también está registrado en nuestros estatutos!

—Sí, cierto es ello —contestó Arren, siempre mentalmente—. Pero estamos decididos a evitar primero el peligro y luego dedicarnos a investigar el fenómeno. No tardaremos mucho en conocer toda la verdad.

—No es preciso —intervino G'wer—. Yo os lo explicaré todo. ¿Queréis que lo haga aquí mismo o vamos a la sala de conferencias que algunos han propuesto? También sé eso.

El profesor Arren debió quedar algo desconcertado, Efectivamente, en principio prevaleció la opinión de recibir a An Lowe y a su acompañante en una sala de conferencias. Era necesario averiguar a qué se debía la mutación en An Lowe y cuál el significado de su acompañante.

Pero en cuanto se supo que el robot policía fue destruido, el instinto de conservación que anidaba en el hombre se despertó, inclinándose todos por la destrucción del extraño visitante.

Antes de ello, empero, una comisión especial salió a recibir a An Lowe y a G'wer, como medida de especial prudencia. No se sabía nada acerca de las intenciones del «ser» que acompañaba a An Lowe.

—Bien, G'wer. Estamos de acuerdo —accedió, al fin, el profesor Arren—. Nos reuniremos dentro de dos horas en la sala de conferencias del Centro de Clasificación. Hasta entonces, deberán esperar los dos en sendas cabinas de aclimatación, donde les proporcionaremos alimentos adecuados a su primitivo estado.

—Gracias —respondió G'wer—. Por ahí debieron empezar. Necesitamos comida y descanso. Pero no veo objetivo en que nos separen. An Lowe no puede conservar ningún secreto. Si intentan apartarla de mí, poco van a lograr.

»Piensen que ni ustedes, ni ella, sólo yo, pueden conservar un secreto.

—Estamos en inferioridad manifiesta respecto a usted —«ideografió» el profesor Arren, con resentimiento—. Está bien. El Blem les acompañará al Centro de Aclimatación. Nos volveremos a ver dentro de dos horas.

* * *

Más que un lugar de aclimatación, lo que encontraron An Lowe y G'wer fue una especie de museo de historia, rodeado de jardines exóticos, en donde se reunía la fauna y la flora de muchos siglos atrás en el tiempo.

Allí reinaba la atmósfera del pasado, renovada y purificada por medio de máquinas filtrantes. Vieron jaulas con animales de todas clases, desde el fiero león prehistórico, dormitando plácidamente bajo el ardor regulado de un sol artificial, hasta pájaros de vistosos colores que revoloteaban en las ramas de los árboles.

An Lowe, pese a que conocía el Centro de Aclimatación, se sintió extraña allí dentro, por saberse «especie» de otra época.

El Blem les guió a través de caminos y senderos, hasta un edificio en donde aguardaban dos «robots- sirvientes», de tipo móvil y mecánico, provistos de reducido circuito de servicio.

—Terrestres de la primera generación —dijo El Blem a los robots, para luego volverse a An Lowe—. No tenemos otro lugar en mejores condiciones que éste. Aquí encontrarán todo lo que necesiten. Pero si algo faltase, comuníquenlo al control del centro y serán atendidos.

—Gracias, El Blem —contestó An Lowe—. Espero no estar más de dos horas aquí. Sin embargo, siento, una sensación de cansancio.

—¡Y hambre! —añadió G'wer—. Llevo con este cuerpo doce horas y no he probado bocado.

Los robots les acompañaron al interior del edificio, que era suntuoso y magnífico. No sólo se había pretendido reproducir una época pretérita, sino que se había imitado el gusto y el estilo de muchísimos siglos atrás.

El hombre del año 500.000 no trabajaba. Sólo pensaba y daba órdenes. Las máquinas auxiliares le servían y trabajaban por él. Y de esto hacía ya miles de años.

El Blem se retiró después de dejar a la pareja instalados en un precioso comedor, ante una mesa servida por medios electrónicos, donde, a voluntad de sus mentes, aparecieron carnes, pescados, salsas, vinos, pan y frutas. Todo se materializaba sobre sus platos, por medio de la teleportación energética, un procedimiento de más de cien mil años.

La mente formulaba el deseo impreciso de «algo necesario». Las máquinas «captaban» el deseo y lo cumplían. Si una vez servidos, el plato no gustaba, era devuelto a su misterioso lugar de origen, que forzosamente debía tratarse de una cocina electrónica, donde se imitaban todos los sabores y se mezclaban los elementos naturales hasta formar el «cuerpo» sólido a ingerid

Así, el «plátano» tenía forma, gusto y color de plátano. La «carne» parecía enteramente carne y el «pescado» no se distinguía en nada de un arenque de los que nadaban lánguidamente en los estanques del Centro de Aclimatación.

El vino también poseía propiedades etílicas. G'wer se volvió locuaz y alegre al probarlo.

—Esto es altamente maravilloso. Empieza a gustarme la antigüedad. Tlem no pudo hacerme mejor favor al proporcionarme los medios para «hacerme» de su época. Creo que entonces se vivía mejor que ahora.

—Un ser actual no posee apetencias gástricas. Ahora, con un chorro de energía magnética, para compensar el desgaste mental, es

suficiente.

—Pero ¿y el placer de consumir estos frutos? ¿Y la satisfacción y la euforia que se transmite a todo el cuerpo? ¡Ah, incluso me entra un dulce sopor! ¿Recuerdas que los antiguos, después de comer, solían tomar café y copa y fumaban un cigarro puro?

El deseo se materializó en el acto, frente a. G'wer, quien olió el aromático efluvio y lanzó un suspiro.

—¡Me gustaría quedarme así siempre!

—¡Qué horror! —exclamó An Lowe—. ¡Yo, no!

—Pues permíteme decirte, An, que estás encantadora. En aquellas lejanas épocas existían muchas clases de mujeres. Las habían para todos los gustos. La naturaleza realizaba auténticos prodigios con el aspecto sensual de los mortales, despertando el interés de unos por otros, para que existiera la continuidad y la reproducción de la especie… ¡Algo similar a lo que yo siento ahora por ti!

An Lowe emitió un grito y se puso en pie, retrocediendo de la bien servida mesa.

—¡No intentes tocarme otra vez, G'wer! ¡Pertenecemos a distintas razas! ¡Tú no eres más que una máquina!

—Sí, es cierto. Parte de una máquina. Soy la carne y el hueso de un período histórico ya desaparecido en vuestro mundo. Lo siento… Estaba soñando. Es curioso la cualidad que tenían los hombres para soñar. Los orianos eran grandes soñadores.

»Poseían un sentido poético maravilloso y sabían ver la belleza incluso en las cosas más sencillas. ¿Sabes que uno de los poemas más bellos de los «orianos» era una especie de oda al pasado?

—Sí, deduzco que los «orianos» eran adoradores del pasado. Quizá se fueran todos al pretérito, utilizando sus máquinas inversoras del tiempo.

—Quizá —contestó G'wer—. Y no estaría de más que vosotros hicierais algo parecido. Lo actual no es más que pura y eterna rutina, continuidad insoportable y tediosa. Casi es preferible no contar el tiempo… ¡Ah, pero eso os complace! Sabéis así que podéis vivir muchos más años de lo que vivieron vuestros incansables antepasados.

—Dices unas cosas increíbles, G'wer.

—Sí, quisiera, daría algo, para que fueses como «Eldem», la diosa de las flores.

An Lowe se acercó de nuevo a la bien servida mesa y se sentó, extendiendo la mano y tomando un dorado racimo de uva. Su expresión parecía ausente, al preguntar:

—¿Existió la diosa «Eldem»?

—¿Y qué más da? Lo importante no es que haya existido o no.

—¿Qué es, pues, lo importante?
—Su evocación sublime, el recuerdo grato que deja en nosotros algo inútil y bello, puesto que, en contraposición, estamos rodeados de objetos y cosas útiles y feas.
An Lowe escuchaba con interés. G'wer tomaba ya su aromático café y fumaba su cigarro puro con delectación. De vez en cuando sorbía pequeñas cantidades de un brebaje alcohólico que las máquinas electrónicas le habían proporcionado de un archivo de bebidas.
—¡Coñac francés! —explicó G'wer—. Siento delectación por esto. Había oído hablar a las máquinas de historia de la bondad de estos licores. Supuse que debía de ser exquisito, pero jamás lo había probado.
—¿No podías hacer esto en T'gar?
—No. Ni siquiera tenía cuerpo humano, paladar o estómago… ¡Ah, volvamos a la poesía, querida!

* * *

G'wer penetró en la gran sala de conferencias del Centro de Clasificación, llevando a An Lowe asida del brazo. Se tambaleaba ligeramente y de sus labios no se esfumaba la sonrisa.
Más de diez mil «hombres-huevo» se encontraban allí reunidos, descansando en los alvéolos que les servían de asiento. Nadie se movía, nada «pensaba» nadie. Los cerebros-seres se habían cerrado, poniéndose a la defensiva contra el poder oculto que intuían en G'wer.
Era una sala circular, a cuyo centro se llegaba por una pista rodante, sobre la que avanzaban G'wer y An Lowe, hasta llegar al mismo centro, donde la pista los dejó sobre una plataforma que parecía ser de cristal y giraba sobre sí misma.
G'wer iba fumando aún el extremo de su cigarro puro. Se detuvo y miró en derredor, los numerosos rostros de cuantos terrestres le observaban.
En una primera fila prominente, se encontraba el profesor Arren y otros diez seres iguales, que debían llevar el peso de la conferencia.
—Caballeros —empezó diciendo G'wer—, en primer lugar, creo que tanto An Lowe como yo necesitamos un asiento. La entrevista será larga.
—No es ésa nuestra intención —contestó el profesor Arren—. Sólo deseamos saber qué se ha propuesto usted al venir hasta nosotros.
—Conocerles y tratarles —dijo G'wer, sonriendo—. Tengo un año de tiempo antes de que los primeros síntomas de malestar me hagan regresar inmediatamente a Orian.
—¿Supone, pues, que su estancia entre nosotros va a ser larga? —

preguntó un compañero de Arren, moviéndose perceptiblemente en su sitial.

—No, precisamente —replicó G'wer—. Ver la Tierra no es nuevo para mí. Estar aquí es distinto. Es indudable que este planeta ha sido cuna de la más grande civilización de todos los tiempos.

»Pero los motivos que tengo son otros, aparte de los puramente turísticos. Y se reducen a uno solo: An Lowe.

—Bien, les facilitaremos asientos —dijo Arren.

Inmediatamente, detrás de G'wer y An Lowe se materializó una plancha de cloruro de polivinilo, en estado de ingravidez, donde ambos visitantes pudieron sentarse cómodamente, dada su alta elasticidad.

—¡Ah! —exclamó G'wer—. Esto es mejor. Ahora, podremos afrontar nuestras relaciones dialécticas con igual igualdad de condiciones.

—No tenemos mucho tiempo que perder, G'wer. ¿Cuál es su propósito, al venir a la Tierra? —quiso saber uno de los miembros de la comisión en la que se encontraba el profesor Arren.

—Bien. Hablaré claro. Deseo salvar la vida a An Lowe.

—La vida de An Lowe no corría ningún peligro.

—Se equivocan, caballeros. Ustedes la enviaron a Orian y ella ha permanecido allí durante seis mil años, adaptándose a un ambiente que no es éste, ni mucho menos. Ahora, ustedes pretenden que vuelva con los suyos, y eso creo que ignoran que es imposible.

—¿Por qué no es posible? —preguntó el profesor Arren—. Si An Lowe, al regresar, hubiese sufrido algún percance, nosotros tenemos medios para reavivarla.

—No la hubiesen podido revivir, se los aseguro —dijo G'wer, muy firme.

—¿Hay algún modo de probar ese aserto? —preguntó otro.

—En efecto. Lo hay. Pero es a base de perder a esta bella criatura y perderme yo mismo, que soy una parte de G'wer.

—No nos satisface la explicación —dijo el profesor Arren.

—Puedo darles otra. Cualquiera de ustedes, que se considera inmortal e indestructible, puede someterse a la prueba. Yo le aniquilo con mi fuerza visual. Ustedes se encargan de reavivarle. Como no podrán hacerlo, mi verdad quedará demostrada. ¿Quién desea realizar la prueba?

Entre los asistentes a la conferencia se produjo un movimiento, apenas perceptible, de inquietud.

—No vamos a correr ese riesgo, G'wer —replicó un comisionado, cuyo nombre era Hoer Kany y que estaba situado a la derecha de

Arren—. Pero podemos realizar la prueba con un «waken» que poseemos en el Centro de Aclimatación y cuyo organismo, muy similar al nuestro, podemos reavivar cuando nos plazca.

—Un «waken» es un ejemplar de segunda clase —dijo G'wer—, como un animal algo civilizado. Va a ser un asesinato. Pero puedo hacer la prueba. Si ustedes no logran revivirle con su ciencia, mi teoría respecto a la doctora An Lowe quedará demostrada.

—No —replicó Arren—, quedará demostrado únicamente que nosotros no podemos revivirle. Naturalmente, habremos de tratar luego acerca del propósito que le ha inducido a venir.

—Bien, bien… Proporciónenme el «waken» y sentaremos la primera premisa incuestionable. Si yo destruyo, ustedes no reavivan. Y no quedará demostrado que yo haya pretendido destruir a An Lowe, sino todo lo contrario, y ése es el motivo de mi presencia aquí.

—Hemos comprendido. Aguardaremos a que nos traigan el «waken».

CAPÍTULO IV

Cuatro robots le trajeron dentro de una jaula hecha de barrotes de hierro. Hubieron de colocar también una envolvente aislada para conservar la atmósfera, puesto que la prueba habría de realizarse allí mismo, en la sala de conferencias del Centro de Clasificación terrestre.

El «waken» era una especie de mono, del tamaño de un ser humano, cubierto de largos pelos negros desde la aplastada cabeza hasta los pies. Su especie había vivido, en estado semisalvaje, en un mundo de la constelación de Libra, llamado Wak, y de él llevaban el nombre.

Emitía gruñidos articulados, en forma de lenguaje. Los terrestres habían llegado a comprenderle y deducir así cuando tenía hambre, sed o sueño. De habérsele permitido, su raza habría evolucionado y, posiblemente, habrían llegado los «wakenes» a ser una nación o tribu más o menos organizada.

Pero en las luchas de los mundos, aquellos animales peludos fueren sorprendidos en medio de una gran conflagración y casi desaparecieron. Los terrestres conservaban algunos ejemplares en su Centro de Aclimatación, como podían conservar otras especies vivientes para el estudio antropológico del cosmos.

Y uno de ellos fue el «waken» que los robots sirvientes llevaron a presencia de G'wer, quien se levantó de su asiento y examinó al animal, diciendo:

—Lo siento, amigo. Es de ley que unos mueran para que vivan otros. El azar te ha señalado a ti. Éste debía ser tu destino inferior. Se trata de convencer a estos hombres de que lo que yo destruyo, no pueden revivirlo ellos. No sé si servirá de mucho tu sacrificio, pero sentará las bases de una polémica en donde no puedo perder… ¡O me veré en un apuro, grave! ¿Me has comprendido?

El «waken» no podía entender a G'wer, y mucho menos oírle. Pero dio unos rápidos pasos por el interior de su jaula e intentó subirse a la reja, resbalando.

De pronto, de los ojos claros de G'wer pareció brotar un destello, apenas visible en principio. ¡Y el «waken» se quedó quieto, mirando a su verdugo!

El destello se hizo más intenso en los ojos de G'wer, hasta que todos los reunidos en la conferencia pudieron ver como una brillante línea de luz, partiendo del «oriano» hasta el «waken».

Un orificio se produjo en la envolvente aisladora de la jaula. Y el animal encerrado en ella dio un brinco terrible, para caer de costado

al suelo, donde quedó rígido.

Entonces desapareció la terrible fuerza hipnótica de G'wer, quien se volvió al estrado de los miembros de la comisión, diciendo:

—Lo siento… El «waken» ha muerto. Pueden llevárselo.

—¿Qué ha sido lo que ha surgido de sus ojos? —preguntó el profesor Arren, sorprendido aún.

—Poder mental.

—¿Visible?

—Su visibilidad se debe a su potencia. He neutralizado el centro nervioso del «waken», destruyendo su foco vital. Nadie puede reconstruirlo. Mi hipnosis pertenece a un género de radiaciones tan potentes que puedo fundir hasta el acero más tenaz.

—Nos cuesta mucho creer eso. Pero ya hablaremos en cuanto hayamos revivido al «waken». Ahora, no podemos decidir nada.

—Correcto. Regresaremos al albergue de la historia, donde esperaré la decisión de ustedes. Me encuentro gratamente rodeado de un poético ambiente que deseaba conocer —G'wer se volvió a An Lowe e hizo una graciosa reverencia—. Cuando gustes, amor mío.

Ella se sonrojó, sabiendo el efecto que causarían las palabras de G'wer entre sus ahora distanciados semejantes. Pero se apresuró a dar media vuelta y abandonar la plataforma, seguida de G'wer.

Ninguno de los terrestres se movió. Los robots, que habían permanecido a un lado, obedecieron la orden mental del profesor Arren y alzaron la jaula, saliendo casi en pos de la pareja, para transportar al «waken» al Centro de Inspección e Investigación, donde sabios médicos debían intentar revivirle.

* * *

—No pueden revivirle, ni siquiera efectuándole un transplante del centro vital de su cerebro —dijo G'wer, cuando estaban paseando por los jardines del Centro de Aclimatación—. Ese infortunado ser jamás será lo que fue.

—¿Y si le aplican un cerebro artificial? —preguntó An Lowe—. Eso puede realizarse.

—Hay que diferenciar entre muerte aparente y muerte total. Vuestra técnica es muy consumada. Disponéis de todos los elementos necesarios para la reavivación. Lo sé. Y, precisamente por eso, he inutilizado el centro motor del cerebro. En el caso de que logren revivirlo por medios artificiales, no será el mismo «waken».

»Exactamente eso sería lo que te ocurriría a ti si murieras.

—¿Es que mi muerte se produciría exactamente igual que la del «waken»? —preguntó An Lowe.

—No seré yo quien te mate, como es lógico. Pero tu centro motor quedaría inutilizado aunque permanezca intacto. Te voy a explicar, si es que puedes comprenderme, la causa que debe motivar tu muerte a tu regreso de T'gar, de no haber intervenido yo a tiempo.

»Tú has vivido durante seis mil años en un ambiente que te ha sido permanentemente hostil. Como no has percibido ningún síntoma alarmante, no te has preocupado de nada y has seguido tu investigación en torno a mi instalación electrogoniométrica. Sin embargo, a tu alrededor se movían invisibles radiaciones de alto poder destructivo. Los «orianos» tampoco estaban inmunes cuando me construyeron. Pero ellos conocían el peligro y lo fueron combatiendo desde un principio con anticuerpos protectores.

»En cierto modo, las radiaciones que te perjudicaban, me defendían a mí. Y, por otro lado, yo he tenido muchísimo tiempo para estudiarlas «in situ». De haber permanecido en T'gar, nada te habría perjudicado, porque ya estabas inmunizada. Además, yo te ayudé en lo que pude. El peligro se originó en el instante en que recibiste la orden de regresar. Para ello, la materia de tu organismo debía descomponerse y convertirse en energía, a fin de poder viajar en tu nave inversora del tiempo.

»Pero, en el instante mismo en que la materia de tu organismo se hubiese unificado, ¡la muerte te habría paralizado!

—¿Estás absolutamente seguro de eso, G'wer? —preguntó An Lowe, sin poder evitar un estremecimiento.

—Sí —dijo G'wer, muy serio—. Y no tuve más remedio que ayudarte del único modo que podía… ¡Te reestructuré en otro metabolismo, cedido por mí, mientras tu auténtico ser, semejante al de tus coterráneos, se conserva latente en estado de materia disgregada!

—De modo que si intento estructurarme, habría muerto, ¿eh? —preguntó An Lowe.

—Ni más, ni menos. Para poder realizar esa transformación, estoy consumiendo ingentes masas de mi propia energía, pero no me perjudicaré hasta que no transcurra un año, poco más o menos. Entonces, si no regresamos a Orian, este bonito y clásico aspecto que tenemos, se desmembrará y ya nadie podrá recuperarte jamás.

—¿No existo, pues?

—En lo físico, como una parte indisoluble de mí… ¡En lo metafísico, se puede decir que ya has muerto!

—Entonces, el único modo de salvarme es regresando contigo a T'gar.

—Sí.

—¿En qué aspecto?

—En el que quieras. Allí podrás ser lo que eras o lo que eres ahora.

—¿Y si tomo afecto a esta envolvente? —quiso saber An Lowe.

—Sería una demostración de que mi influencia poética se ha apoderado de ti, lo cual sería algo auténticamente maravilloso. Quizá, no lo sé aún, hasta pudiéramos tener una familia.

An Lowe se había detenido ante un frondoso rosal y se sonrojó delicadamente. Pero logró decir, balbuceante:

—Te agradezco cuanto has hecho por mí, G'wer. Si es necesario continuar con mi aspecto primitivo, lo soportaré. Pero… soy un terrestre asexual.

G'wer dejó ir una suave sonrisa.

—Todos los terrestres actuales son asexuales, excepto tú. Eso es un privilegio extraordinario. Eres perfectamente femenina, tanto mental como físicamente.

—Pero… tú y yo no podemos… No somos seres normales… Quiero decir que no procedemos de una escala hereditaria, sino que somos fruto de una circunstancia anormal, equívoca, artificial, por decirlo de algún modo —ahora, An Lowe miraba abiertamente a su oponente, casi con expresión retadora.

G'wer volvió a reír y se acercó a ella.

—Somos enteramente normales. Los «orianos» no podían hacer las cosas a medias, puesto que, como ya sabes, eran descendientes de los terrestres y conocían su historia e idiosincrasia. Así, al yo reproducirte y reproducirme con este aspecto, no he hecho más que copiar un modelo previamente trazado, de acuerdo con un tipo similar al de los propios orianos, que fueron casi tan perfectos como los antiguos griegos.

—¿Y podemos vivir con este aspecto en Orian?

—¿Por qué no? Allí disponemos incluso de ciudades, convenientemente conservadas. Podemos crear atmósfera adecuada a nuestros pulmones, como ellos han creado aquí. Mis máquinas, de la que formo parte integrante, me obedecen. No hay nada tan absolutamente perfecto como ellas. Han servido para combatir las tormentas siderales y ahora pueden servir para infinidad de otras cosas, porque su sistema de renovación está vigente.

—Es asombroso cuanto me cuentas, G'wer —musitó ella—. Ahora me doy cuenta de mi gran torpeza. He pasado seis mil años en T'gar e ignoraba todo eso.

—Lo habrías sabido alguna vez, querida mía —replicó G'wer, sonriendo—. Pero, por ti misma, habrías tardado mucho más. Yo te dejaba hacer, conformándome con estudiarte a ti hasta conocerte

como te conozco ahora. Por eso no quería dejarte morir. En mi mente poética ya te idealizaba como la máxima compañera del ogro solitario que yo era, en mi mundo vacío, soñándote y evocándote de mil modos distintos.

—¿Y sabiendo que podías ponerte en peligro ante mis semejantes, no has vacilado en venir a salvarme?

—No, yo no corro aquí ningún peligro. Te repito que sólo soy parte de un enorme engranaje técnico. Mi auténtico ser está allá, en T'gar, al pie de la antena que ha orientado siempre mis hondas contra las más feroces tempestades magnéticas del universo estelar.

»Aquello es el todo. Yo soy la parte débil, lo casi nada, la humana y pequeña materia sujeta a débiles pasiones y altos pensamientos que otros seres de épocas pretéritas no pudieron alcanzar. En cambio, yo poseo y puedo poner a tu disposición cuanto necesites.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que yo puedo transformar la materia y la energía, trasladarme a la época que más prefiera, mover incluso mundos sin más esfuerzo que el de mi voluntad… Y que soy, prácticamente, indestructible como todo, no como parte.

—Si eso es cierto, eres infinitamente más poderoso que nosotros.

—No debes dudarlo ni un instante. Y tiene su explicación. Los orianos perfeccionaron su ciencia hasta extremos insospechados. Y, por si fuese poco, me dieron los medios de aumentar los conocimientos por medio de máquinas de análisis y estudio, que yo controlo a distancia… Máquinas complicadas que mi propia ciencia ha modificado y perfeccionado en sus principales elementos motrices y analíticos.

»Vosotros creéis poseer todos los secretos de la ciencia, y eso no es cierto, porque yo os puedo proporcionar problemas que ni siquiera conocéis. Entonces os daréis cuenta de que, pese a vuestro milenario avance, aún os falta mucho por conocer, y que, como ignoráis que exista, pensáis que todo está resuelto.

—Nosotros estudiamos el pasado porque el futuro ya no tiene misterios.

—¡Qué necedad, An Lowe! —exclamó G'wer, despectivamente—. ¡Hay miles de cosas que no comprendéis!

—Ponme un ejemplo.

—Bien, helo aquí. Habéis admitido que la materia y la energía, origen del universo, ha existido siempre.

—Así es, en efecto.

—Pues no es verdad. La materia fue creada.

—¿Creada? ¿Puedes decirme quién ha sido capaz de crear algo tan

inconmensurable?

—Sí, te lo puedo decir.

—¿Quién?

—Dios.

—¿Dios? —preguntó An Lowe, como si el nombre fuese enteramente nuevo para ella—. ¿Qué es Dios?

Una triste sonrisa apareció en los labios de G'wer.

—Vuestra historia es incompleta. Os la han dado arreglada ya. Hubo un tiempo, hace miles de años, cuando la gente era sencilla, casi en estado prehistórico, que se creía en Dios y se le adoraba como un hijo puede adorar a una madre.

»Luego, el hijo se hizo mayor, la raza humana tomó otros vericuetos extraños, y ofendió a la madre, negándola. La ciencia, siempre a la conquista del todo, olvidó muchas cosas y otras las ocultó deliberadamente. La historia fue cómplice del deicidio y se fue dejando todo atrás, en el olvido y el pasado, como si la fe y la veneración fuese un lastre que la humanidad no podía arrastrar en su progresivo avance.

»¡Qué enorme pecado de orgullo, negar a una madre! Pero la humanidad estaba orgullosa de sus conquistas. Viajó al cosmos, dominó mundos y razas, luchó contra la naturaleza y la venció. Decía ser el propio Dios… ¡Y hasta llegó a creerse un ser superior al vencer la muerte!

»Pero todo eso es efímero, aunque parezca eterno. Y la verdad, que sólo Dios es eterno. Los hombres no. Y cuando el hombre antiguo y primitivo cada vez se parecía más a su creador, el hombre moderno cada vez se parece menos.

»Sí, «Eldem», el hombre tenía manos para acariciar un rostro o una rosa, no importa. Era capaz de amar, de entregarse, de renunciar, de idealizar, de soñar y de esperar. Ahora, sin manos, ¿cómo se puede acariciar a nadie? Tenéis máquinas que os lo hacen todo. ¿Qué hacéis vosotros, excepto pensar equivocadamente? ¡Nada, buscar en la historia algo que se os ocultó hace cientos de miles de años!

—Me dejas profundamente perpleja. Si Dios lo hizo todo, creando la materia, ¿quién hizo a Dios?

—Eso sólo Él nos lo puede decir. Y los que no mueren, no pueden verle. Sabemos que está en una dimensión distinta a la nuestra, que podemos calcular, pero no situar en parte alguna, porque nuestro universo es físico y el suyo es espiritual.

»Pero lo importante no es saberlo, amor mío, ¡lo importante es ignorarlo, porque así tenemos fe en algo que está muy por encima de nosotros!

An Lowe sintió por vez primera en sus muchos años una extraña inquietud. ¿Y si G'wer tenía razón?

* * *

El analizador de impulsos examinó los impulsos: mentales, los clasificó y los transmitió a otra máquina coordenatriz, en donde se juntaron los análisis de otros aparatos.

Dek Eme, hombre, estudió aquellos datos negativos. Su mente transmitió a su vez, esta idea:

—No.

—¡No puede ser! —exclamó el profesor Arren, situado a pocos pasos de donde yacía el «waken», rígido e inmóvil, sobre una especie de mesa de operaciones.

Un robot cirujano había realizado el intento. Se le dieron toda clase de instrucciones. Sus movimientos y actos habían sido perfectos. Nada parecía haber fallado. Pero los comprobadores daban un resultado negativo. El «waken» continuaba muerto.

—Es extraño —pensó Hoer Kany, que también se encontraba presente—. Ese ser llegado de Orian tiene razón. Nosotros no podemos revivir lo que él destruye.

—Debemos intentar otra prueba —propuso Dek Eme—. Eso es tanto como admitir que nuestra ciencia es imperfecta.

—O, como mínimo, que G'wer es más perfecto que nosotros.

Incluso en una civilización superdesarrollada como la del año 500.000 podían los hombres dejarse dominar por el orgullo y la vanidad.

—¡No podemos tolerarlo! —expresó Hoer Kany—. Ese intruso debe ser aniquilado, destruido, pulverizado por nuestras máquinas desintegrantes. Propongo que se envíe al Centro de Aclimatación un grupo de robots soldados y que le destruyan.

—Despacio, Hoer Kany —replicó el profesor Arren—. Creo que no debemos dejarnos llevar por la pasión. Ese individuo nos ha lanzado un reto que nosotros hemos aceptado.

—¡Pese a todas las consideraciones que puedas hacernos, sigo insistiendo en que se trata de un peligro para nosotros! —exclamó Hoer Kany—. ¡Y debe ser destruido sin remisión!

—¿Sacrificando a An Lowe?

—¿Por qué hemos de sacrificarla a ella? —preguntó Hoer.

—Están unidos por algo que todavía no comprendemos. G'wer afirma que si An Lowe se reestructura a su estado normal, morirá. Y que si él no la protege, también. Creo que debemos estudiar a fondo esos fenómenos que nos resultan tan incomprensibles.

—¡No, si no les aniquilamos, sean uno o dos, nos veremos en un grave peligro!

—Está demostrado que An Lowe es de los nuestros. No podemos sacrificarla sin previa consulta con el Gran Consejo.

—¡Podemos registrar que An Lowe pereció, víctima de un accidente, durante su investigación en Orian! —replicó Hoer Kany—. Eso es legal. Además, la An Lowe que ha regresado de Orian no es la misma que nosotros enviamos. Ese monstruo maléfico ha hecho de An Lowe una mujer primitiva.

Los otros terrestres no supieron qué decir. Hoer Kany quería destruir. Arren proponía esperar e investigar.

—¿Qué decís vosotros? —apremió Hoer Kany.

Dek Eme vaciló y luego dijo:

—Creo que el peligro debemos atajarlo en el momento en que se produce… Debemos matar a G'wer, aunque An Lowe resulte dañada. En interés de todos nosotros así lo exige.

¡La sentencia de G'wer se había decretado!

CAPÍTULO V

G'wer se encontraba tendido en un lecho cubierto con finas sábanas de hilo. Ante él, una ventana abierta daba al aromático jardín del Centro de Aclimatación.

El lecho era giratorio y la habitación circular, con dos puertas invisibles, de funcionamiento electrónico.

Era un lugar cómodo, bien ventilado, de temperatura regulada, fresco y agradable. La luz procedía del exterior, como si viniera mezclada con el piar de los pájaros exóticos.

G'wer tenía un cigarrillo aromático entre los dedos y contemplaba la columna de humo azul que ascendía hacia el techo, diluyéndose en el aire.

De pronto, una de las puertas se descorrió silenciosamente, apareciendo An Lowe en el marco. Detrás suyo, la luz de su propio dormitorio, recortaba maravillosamente su silueta.

La muchacha vestía una vaporosa camisa de fina gasa azul y las líneas esculturales de su cuerpo se dibujaban con nítida perfección. Era una visión poética y evocadora.

G'wer sonrió al verla.

—¿No duermes, G'wer? —preguntó ella, con voz dulce.

—No.

—¿Puedo entrar?

—Sí. Estamos solos… Siéntate ahí, a mi lado. Me complace verte.

—Soy tu obra. Debes sentirte orgulloso.

—Lo estoy. Pero no eres obra mía, sino de Tlem, que me construyó a mí primero… ¿Sabes una cosa?

Ella se sentó y cruzó sus esbeltas piernas.

—¿Qué? —preguntó.

—Mis temores se acaban de confirmar. Los tuyos están enojados conmigo y han decidido destruirme.

Los ojos de An Lowe se agrandaron desmesuradamente.

—¿Van a destruirte? ¿Cómo lo sabes?

—Capto sus pensamientos. Lo han decidido hace poco. Ahora enviarán contra mí un grupo de robots-soldados y me dispararán sus armas desintegrantes.

—¿Y pereceré yo también?

—No morirá nadie. No temas. Neutralizaré a esos robots. Pero me preocupa que tu raza, tan avanzada y técnica, sea al mismo tiempo tan orgullosa. Como les dije, no han logrado reavivar al «waken». Eso les ha creado un complejo de inferioridad y están furiosos.

—No lo entiendo. No deberían ser así. Siempre les interesó mucho la ciencia y tú eres un experimento interesante.

—Tus semejantes siempre han creído ser reyes del universo, amos de la creación… Y mi presencia aquí les turba. Esa reacción no es nueva. La mueve la envidia, el recelo y el odio.

—El hombre desterró el odio de su ser.

—Entre sí, los hombres ya no se odian. Han avanzado mucho, sin duda. Pero el orgullo y la soberbia aún les ciega cuando se enfrentan a otros seres.

»El faro de T'gar les inquietó siempre. No fuiste tú la primera que enviaron allá. Hace quince mil años que tratan de investigarme, sin éxito —diciendo esto, G'wer se incorporó en el blando lecho. Vestía un pijama ajustado y fresco—. ¡Ya vienen los robots-soldados! Están entrando en el Centro de Aclimatación.

—¿No puedes hacer otra cosa?

—Sí. Voy a paralizarlos… Luego —G'wer se quedó pensativo unos instantes—, puedo volverlos contra los que los mandan y proporcionarles un susto.

—¿Puedes dirigir esos robots? —se sorprendió An Lowe, incorporándose en su asiento.

—Sí, a cambio de reducir en unos meses nuestra estancia en este pequeño paraíso artificial, porque todo el consumo de energía extra que hago nos acorta la permanencia aquí. Y lo siento muchísimo, porque esto empieza a gustarme. Estaba pensando en copiar un lugar semejante en Orian, cerca de T'gar. ¿No te gustaría?

—Sí —exclamó An Lowe, impensadamente, para añadir—: Pero… No podrá ser. Ahora me he convencido de la imposibilidad de regresar a Orian.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Estamos en la Tierra. Y aquí son ellos los que mandan… El Gran Consejo será avisado. Nadie ha desafiado jamás a los terrestres.

G'wer se acercó a An Lowe y le pasó la mano por los hombros, sonriendo condescendiente.

—Quizá sea ése el principal destino que me asignó Tlem. Y debo cumplirlo. La raza humana ha sido siempre muy altiva y soberbia. Cada ciclo histórico lo son más… ¡Qué bella lección podría yo darles!

—¿Cómo recibes tus instrucciones? ¿Por qué haces todo esto?

G'wer se quedó pensativo.

—Mis máquinas trabajan constantemente. Son ellas las que mueven todos mis actos, las que me ordenan lo que debo hacer. Y mis máquinas, obra de Tlem, son más perfectas que vuestros enormes cerebros. Por eso estoy seguro del éxito.

»Aguarda aquí. Voy a detener a esos robots. Ya están demasiado cerca y un descuido puede ser peligroso.

* * *

G'wer, ya vestido con su buzo amarillo, asomó la cabeza sobre un seto. Los pasos recios, metálicos, de un piquete de soldados-robot, enormes artefactos metálicos de dos metros de altura y más de una tonelada de peso, sonaban sobre la arenilla del sendero, entre los árboles.

Todos iban provistos de pectorales ranuras de fuego desintegrante. Cuando sus circuitos y células localizasen al «enemigo», de aquellas ranuras surgiría una muerte devastadora. Nada podía oponerse a los rayos protónicos rectilíneos, capaces de fundir hasta los muros de diamante.

No había materia, por dura y tenaz que fuese, capaz de contener aquellos rayos. G'wer lo sabía. En un segundo, su cuerpo de materia orgánica se fundiría como la manteca ante el intenso calor de un horno.

¡Y eran veinte máquinas implacables, con una misión definitiva y siniestra!

G'wer no estaba seguro de que su poder visual pudiera neutralizar el avance de los robots. De haber estado en Orian, no tendría la menor duda. Pero se encontraba a muchos millones de años luz de distancia. Y la energía que era preciso desplazarla través del cosmos para proporcionar a sus ojos artificiales el poder necesario para contrarrestar el peligro, podía sufrir alteraciones naturales.

Sin embargo, G'wer tenía mucha confianza en sí mismo. Por esto, concentró su mente. «Pidió» ayuda a sus máquinas y sus ojos fluctuaron, formándose en ellos el rayo silencioso y penetrante, capaz de modificar la estructura interna de los robots.

Efectivamente, el primero de ellos pareció dar un paso en falso y se detuvo. El que le seguía inmediatamente, tropezó con él, oyéndose un ruido metálico, seco y rotundo.

¡Pero los ojos de G'wer continuaron lanzando su rayo intenso sobre las máquinas, entre las que se produjo una espantosa confusión! La sincronía de su paso se alteró, unos tropezaban con otros, algunos cayeron de costado, con imponente estruendo, y otros se quedaron de pie, de un modo confuso y extraño, como si el sentido de la obediencia que pugnaban por imponer sus células de control, se hubiesen desquiciado.

Aún quedaban seis o siete en pie, intentando seguir avanzando. G'wer notó, alarmado, que el rayo de sus ojos se debilitaba. Y ahora,

los robots-soldados, como dándose cuenta de que tenían delante un peligro, se volvían hacia su atacante, con ánimo de localizarle y hacer funcionar sus ranuras mortales.

—He agotado parte de mi energía —se dijo G'wer, con tono de infinito cansancio—. Necesito reponerme… ¡Y es demasiado tarde! ¡No conseguiré eliminar a los que faltan!

Uno de los últimos robots debió localizar a G'wer, porque de su ranura pectoral brotó como un chispazo fulgurante de rayos protónicos.

G'wer se echó al suelo instintivamente, sintiendo sobre sí un intenso calor. Sin terror, pero impresionado, vio la llama protónica deslizarse a escasos metros, por encima de él, fundiendo matorrales, árboles y una fuente de hierro, situada en la glorieta que había detrás de él, donde el agua quedó evaporizada en el mismo instante.

El intenso calor que le envolvió le hizo girar sobre sí mismo, con una celeridad atlética, para apartarse de aquel infierno espantoso, en donde habría perecido si se retrasa una sola fracción de segundo.

El disparo de rayos protónicos cesó cuando el robot-soldado dejó de captar la presencia del enemigo.

Y las células de localización del monstruo mecánico se esforzaron por encontrarle de nuevo.

G'wer, ahora a cubierto de una gran jaula de monos, corría hacia el edificio principal, en cuya entrada vio la figura de An Lowe.

—¡Adentro! —le gritó G'wer—. No he podido contenerlos a todos… ¡Protégete, por el amor de Dios!

Ella retrocedió. G'wer llegó a su lado y la arrastró consigo, hacia las dependencias interiores, con el objeto de buscar la salida hacia el jardín trasero, donde estaban los preciosos estanques.

—¿Qué sucede? —quiso saber An Lowe.

—Eran veinte. Sólo pude dominar a quince. Cinco están todavía intactos y siguen adelante la misión destructiva que les han encomendado. Si no logro recuperar mi energía, esos monstruos destruirán todo esto.

—¿Y qué podemos hacer?

—Esperar sin que nos localicen. Estoy intentando reponer mi energía. He de neutralizarlos antes de que me encuentren.

Salieron del edificio por una gran puerta posterior, que estaba protegida por un sotechado de hiedra y plantas trepadoras. Los setos eran simétricos en aquel lado. Habían altos y recios árboles. G'wer y An Lowe corrieron hacia un boabad, de enorme tronco, que estaba junto a un estanque de aguas azules, ocultándose detrás del tronco.

—Si aparecen los robots y nos localizan, habremos de arrojarnos al

agua y nadar bajo ella. Pero cuidado, que hay caimanes y cocodrilos.

An Lowe cerró los ojos y musitó:

—Estoy dispuesta a correr tu suerte, G'wer.

—Gracias, amor mío. Ese sentimiento de nobleza te enaltece. Ya has podido comprobar que no hay nada perfecto… ¡Tengo que recuperar mi energía! ¡Tengo que hacerlo!

En aquel instante, en un recodo del edificio, apareció un robot-soldado. Los ojos electrónicos de localización situados en su cabeza, giraban en todos sentidos. Captó la presencia de los huidos detrás del boabad, pero no pudo verlos.

—No puedo… ¡No puedo! —exclamó G'wer, desesperadamente, mesándose los cabellos.

En aquel preciso instante, el robot avanzó hacia el árbol. Y fue entonces cuando An Lowe, con el espíritu nuevo de su raza, valientemente, sin consultar con G'wer, salió de la protección del árbol y gritó hacía el robot:

—¡No dispares! ¡Soy An Lowe! ¡No puedes atacar a un ser humano!

G'wer quedó atónito, sin saber qué hacer. Él sabía que los robots habían recibido órdenes de destruirles a ambos, An Lowe incluida. Lo había captado mentalmente de las órdenes dadas por Hoer Kany.

Pero su sorpresa fue grande al ver que el robot no disparaba contra An Lowe, pese a que su aspecto era completamente distinto al de los demás humanos.

También comprendió la razón. Un robot jamás causaría daño a uno de sus amos. Y An Lowe, en esencia, era un ser humano. Sin embargo, también se cruzó otro pensamiento con el suyo. Alguien, «ordenaba» a distancia al robot para que destruyera a An Lowe, calificándola de «enemiga humana».

G'wer no perdió un segundo. Se concentró intensamente y de sus ojos volvieron a surgir las dos líneas intensas de luz, cuyo punto de coincidencia fue el pectoral del robot.

¡Y esta vez, recuperada parte de su energía perdida, G'wer logró inmovilizar al monstruo metálico, el cual pareció estremecerse ante los dos fuertes impulsos energéticos que recibía, uno interior, de acción destructiva, y otro exterior, paralizante!

Ahora, G'wer salió de la protección del grueso tronco de árbol y corrió hacia la casa, logrando localizar a un segundo robot, que inmovilizó en el acto. E idéntica suerte corrieron los otros restantes.

Por fin, G'wer había logrado dominar la situación, ya repuesto de su enorme pérdida de energía.

* * *

Poco después, El Blem encontró a G'wer tomando un cóctel en una preciosa terraza, acompañado de An Lowe. El emisario se acercó, un tanto medroso.

—G'wer —empezó diciendo a través de sus órganos sensoriales.

—Acérquese, amigo. Y no tenga miedo. Es una lástima que no pueda usted saborear este delicioso combinado.

An Lowe se envaró en su asiento, sin comprender cuál era la actitud de su compañero.

El Blem se acercó, situándose frente a G'wer.

—La comisión ejecutiva del Centro de Clasificación terrestre ha decidido someter su caso al Gran Consejo —dijo El Blem.

—Me parece bien. Mi actitud, empero, seguirá siendo la misma. ¿Se han dado ya por vencidos con el infortunado «waken»? —preguntó G'wer.

—Sí. He venido para hacer un trato con usted.

—Sé cuál es. Pero expóngalo. Deseo que se entere An Lowe.

Sin aparentar desconcierto, El Blem añadió:

—La pérdida de los soldados robots nos ha hecho meditar profundamente. No llegamos a comprender como «algo» llegado de otros mundos posee conocimientos y poder superior a nosotros. Eso nos crea una situación delicada y difícil que el Gran Consejo debe decidir.

»Sin embargo, nosotros deseamos saber exactamente cuáles son sus pretensiones y juzgar en razón de ellas. Es posible que podamos aceptar su trato.

—No propongo ningún trato. No quiero nada. No les necesito para nada… ¡Y ustedes sí me necesitan a mí! —dijo. G'wer, levantándose y acercándose a El Blem, que retrocedió instintivamente—. He venido para salvar la vida a An Lowe. Ella no puede vivir en la Tierra más de ocho o diez meses. Si la abandono a su suerte, morirá.

—Eso nos creará un grave problema. Nuestra raza venció a la muerte. Ahora somos inmortales —dijo El Blem.

—Se equivocan en eso. El hecho de que hayan vivido tantos siglos no quiere decir que no hayan de morir alguna vez. En realidad, yo sé que la raza humana está destinada a la muerte, por consunción.

—¡Imposible! ¡Nuestros tejidos son indestructibles! ¡Se regeneran autobiológicamente!

—Hasta ahora, así ha sido. Los orianos jamás creyeron eso. Sabían que todo lo que nace, ha de morir. Ustedes han logrado prolongar extraordinariamente sus vidas. Pero ¿ocurrirá siempre así?

—Sí.

—Eso no es cierto. Y lo peor es que morirá toda la raza humana al

mismo tiempo, en el mismo instante… ¡Dentro de ochocientos años!

El enorme cráneo de El Blem pareció sufrir un estremecimiento.

—No… No… Eso no puede ser.

—Lo siento, pero es verdad. Aunque eso no es lo más alarmante —continuó diciendo G'wer—. Lo peor es que no quedará vestigio alguno de esta orgullosa civilización. Desaparecerá totalmente… ¡Y los siglos venideros no conservarán ni el recuerdo de cuanto hicieron los seres de la Tierra!

—¿Cómo sabe usted eso?

—Lo he visto en las pantallas del futuro. Esta zona de la Galaxia está desintegrándose ya, fenece, porque ha llegado a su fin.

—¿Nada nos puede salvar?

—Nada. Ya han vivido suficiente —terminó G'wer—. En cambio, yo pretendo salvar la vida de una sola persona, prolongársela sesenta u ochenta años, y hacerle sentirse auténticamente humana en ese, al parecer breve período.

»Es cierto que el tiempo no tiene fundamento. Ustedes podrán vivir, y han vivido miles de años, de un modo casi mecánico, sin tregua, sin eslabón sin sobresaltos, dejándose llevar por el tiempo. Y eso no significa que hayan vivido más, porque la existencia no es un camino sin fin, siempre igual, sin tropiezos ni altibajos.

»En pocos años, una persona puede vivir más intensamente que todos ustedes juntos durante veinticinco mil años, puesto que no han sentido el tiempo.

—No puedo comprenderle —declaró El Blem,

—No creo que pueda usted hacerlo. Mi llegada a este planeta moribundo ha sido un hito importante. Llegué para hacerles un bien. Sólo me propongo salvar una sola vida, y con ello creo salvar a toda la humanidad.

»Ustedes, en cambio, por orgullo y soberbia, han pretendido aniquilarme, cosa que no han conseguido. Yo podría destruir a muchos de ustedes y no lo he hecho. Sólo he paralizado un pequeño grupo de máquinas. Si en vez de ello, hubiese muerto a una veintena de ustedes, ahora sabrían todos lo que es el dolor y la muerte.

—Estamos muy preocupados. Nos gustaría que regresara usted a su mundo y nos dejase a nosotros con nuestros problemas. No podemos aceptar sus ideas sobre nuestro fin y no lo aceptaremos.

—No pueden evitarlo. Y, sin embargo, algo les queda aún que hacer en los próximos ochocientos años. Yo les aconsejo que mediten en el pasado y recojan las enseñanzas de la ley de Dios. Ahí encontrarán un camino de salvación que durante siglos han pretendido ignorar.

El Blem ya no aguardó más y se retiró, dejando a la pareja silenciosa y pensativa.

—¿Es cierto que han de morir todos?

—Sí, «Eldem». Nadie se salva. La aventura humana ya ha durado demasiado tiempo —contestó G'wer—. Ni siquiera la ciega naturaleza podría aceptar por más tiempo la insensata existencia de estos seres amorfos y sin esperanza. Nada se hace ya en beneficio de nadie. Nada se crea, nada se descubre. Sólo se vegeta y eso no tiene sentido, porque se consume energía inútilmente, sin provecho de nadie.

—¿Y si la humanidad cambiase? —preguntó An Lowe.

—¿Cómo puede cambiar, si su fin está escrito ya y consumado?

—Perdona, los hombres pueden cambiar su destino. Los orianos lo hicieron.

G'wer sonrió.

—Sí, pero han desaparecido ya. Fueron mucho más lejos que los humanos.

CAPÍTULO VI

El Gran Consejo Terrestre, compuesto de diez mil seres-cerebro, estaba situado en SubEuropa, una urbe subterránea de más de cien millones de habitantes.

El edificio donde se reunía el Gran Consejo tenía doscientos noventa metros de altura y se alzaba en el corazón de aquella megápoli subterránea. Era el centro de la urbe y se alzaba, como una mole de cristal de roca, presidiendo las uniformes construcciones y las calles de la enorme caverna, a la que se llegaba por numerosos túneles, surcados constantemente por vehículos magnéticos.

Aquel día, toda la población de SubEuropa parecía encontrarse en las calles, formando una masa ingente y fabulosa de seres que se apiñaban en la gran plaza, en torno al Consejo, y en las calles que desembocaban allí.

El motivo era importante. El Gran Consejo se había reunido para deliberar. Y todos querían conocer los problemas que surgían, amenazando el bienestar y la plácida existencia de los habitantes del planeta más inquieto que jamás se conociera.

Los que pudieron penetrar en el Consejo y llegar hasta el Hemiciclo principal, podían ver a Eli Helper, Presidente, sentado en su sitial de agua cristalizada, hablando por los circuitos de comunicaciones.

También se podía ver, delante del Presidente, una esfera tridimensional, donde se encontraban los dos extraños seres, motivo de aquella enorme reunión, como transplantados desde el Centro de Aclimatación de Sub Atlas. ¡Y podían ver a G'wer, paseando del brazo de An Lowe, por fragmentos de exóticos jardines que las ondas tridimensionales reproducían hasta en su más mínimo detalle!

El Presidente del Consejo empezó diciendo:

—Hermanos de raza, desde los más remotos albores de nuestra historia el hombre luchó siempre entre sí, denodadamente, para conseguir todo lo que ahora disfrutamos. Eran tiempos de progreso, tiempos de lucha, de aclimatación al medio, de inestabilidad. Hubieron guerras entre hermanos, violencias y agresiones.

»Aquél fue nuestro origen. Se pedía la igualdad que la naturaleza nos había negado, y nadie se la podía dar a nuestros antepasados de la primera generación histórica, porque eran seres inadaptados aún.

»Nosotros hemos logrado la igualdad perfecta. Ya no somos, como antes, hombres y mujeres. Ya no somos, como antes, pobres o ricos. El esfuerzo de millones y millones de antepasados nuestros que nos precedieron, se logró cuando organizamos una raza perfecta, sin tasas,

sin necesidades físicas ni apetencias inmorales.

»Ahora formamos una gran familia. Todos somos hermanos. No tenemos necesidad de trabajo ni anhelamos más bienes que los de nuestro propio cerebro.

»Esto, que hemos considerado, al fin, como la sociedad perfecta, es la cumbre de una raza. Hemos llegado a dominarlo todo. Hemos sido los amos del Universo y no existe secreto que se nos oculte.

»Bueno, no existía, porque algo ha venido a suceder recientemente que nos inquieta y trastorna. Es un indicio, un presagio de cambio, un retroceso al pasado que no podemos aceptar, venga de donde venga.

»Sin embargo, antes de hablar de ese peligro, os quiero hacer historia de lo que somos en la actualidad, porque de tanto vernos, oírnos, pensar igual y hacer las mismas cosas, todas iguales, tal parece que somos un solo cuerpo con once mil millones de cabezas.

»Os decía que hemos alcanzado la cima. Pero yo pregunto. ¿Hay algo por encima de la misma cumbre? ¿Existe algo más allá del infinito? ¿Qué pasa cuando se agota el total de la energía?

»Hace muchos años que no buscamos más en el futuro, porque estábamos seguros de haber vencido en todos los terrenos científicos. Desterramos las enfermedades y luego vencimos a la misma muerte. ¿Es esto cierto? ¿No hemos empezado un retroceso que puede llevarnos al fin de la raza?

»Me abruman pensamientos inquietantes a raíz de los sucesos que nos obligan a reunimos aquí. Pienso si no nos hemos equivocado y la cima está aún sin alcanzar, puesto que no es posible que «algo» haya podido vencernos, aunque sólo haya sido en parte y aisladamente.

»Los hombres han errado muchas veces. Se cometieron errores terribles, porque no siempre la razón nos indicó el mejor camino a seguir. Y esos errores fueron pagados a precio muy alto.

»Ahora no podemos equivocarnos. Somos demasiado grandes para errar. Ni el orgullo nos permite enjuiciar los nuevos problemas con ceguera, ni nuestra razón se puede dejar llevar por apariencias efímeras. Hay algo que ignoramos y es nuestro deber reconocerlo. Es un error que hemos cometido. Podemos rectificar o podemos ahondar en el error, de cuyas consecuencias nosotros recibiremos los frutos.

»Por eso se ha convocado este Gran Consejo. Hemos de tomar, entre todos, las medidas justas y necesarias. Y si es preciso rectificar el modo de conducta, para la salvación de todos, rectificaremos.

»Ahora, os expondré los hechos, de una manera escueta y clara.

»Hace seis mil años, uno de nuestros científicos fue enviado a Orian a investigar el faro sideral allí existente, cuya construcción idearon los orianos hace muchos siglos a fin de contrarrestar los

peligros de la navegación hiperespacial.

»An Lowe pasó allí seis mil años de su existencia, tratando en vano de comprender cómo y por qué funcionaba aquella máquina, muchos siglos después de la desaparición de los orianos. No consiguió nada y se la ordenó regresar. Se pensaba enviar una expedición compuesta por numerosos científicos.

»Sin embargo, An Lowe no regresó igual que se fue, ni volvió sola…

* * *

En el Centro de Aclimatación de SubAtlas, G'wer dijo a An Lowe:

—Vuestro presidente del Gran Consejo ha hecho una magistral exposición, lo que honra su inteligencia y clarividencia. Pero no ha solucionado absolutamente nada. Ahora se encuentran, exactamente, igual que antes. Tu infecunda raza empieza a encontrarse dividida de nuevo, pugnando unos por nuestra eliminación y otros porque nos dejen vivir. Y, naturalmente, yo no deseo ni una cosa ni otra.

—Los hombres no han tenido problemas desde hace siglos. Era la comunidad más perfecta habida jamás.

—Era la cumbre de la civilización —añadió G'wer—. Forzosamente, después tenía que llegar la decadencia total. Y éste es el primer chispazo.

—¿Lo has provocado intencionadamente, G'wer?

—No, eso no. Tú conoces mis intenciones —dijo él, tomando un cigarrillo de la caja de ébano que había sobre la mesita y encendiéndolo—. Se han encontrado con el problema súbitamente. Y era lógico. Aquí no ocurría nada. Una brizna de paja fuera de su sitio tenía que provocar la reacción.

—¿Sabes lo que van a decidir?

—Sí. No van a decidir nada.

—¡Pero los ánimos deben estar excitados!

—Lo están —confesó G'wer—. Se habla ya de enviar robots-soldados a Orian y destruirlo todo. Otros proponen desmontar T'gar pieza por pieza y dedicar un millón de hombres a la investigación. No permiten que haya nada más perfecto que ellos. Y los hay que dicen: «¡Bah, no vale la pena armar tanta polvareda por tan poca cosa! Dejémoslos en el Centro de Aclimatación y que el tiempo decida.»

—O sea que unos pierden el interés por mí, aun sabiendo que soy como ellos —dijo An Lowe.

—Exactamente. ¿No indica eso un principio de decadencia?

—Sí. Yo siempre he visto a mis semejantes del mismo modo que ellos me veían a mí, como seres iguales de una misma raza, partes de

un todo colectivo y social. Sin embargo, yo he cambiado. Ellos no pueden creer que mi cambio obedezca a leyes que desconocen. Eso ha de rebelarles.

—En efecto. Eso rebela a muchos. A otros les deja insensibles.

—¡Pues no es justo! ¡No tienen derecho a abandonarme a mi suerte!

—Tu suerte ha de ser, sin duda, mejor que la de ellos —respondió G'wer—. Tú vas a vivir mejor, tendrás otra existencia más feliz, más sugestiva G'wer será tu vigía humano y te conduciré al seguro espaciódromo del planeta de tu felicidad. Sólo unos años, sesenta, setenta u ochenta. Eso no lo puedo saber, porque ese designio no me pertenece.

—¡Eso me aterra, G'wer! —exclamó An Lowe, acercándose a él y echándole los brazos al cuello.

Muy juntos los rostros, se miraron como si no se conocieran, ni se hubiesen visto nunca.

—Así eran tus antepasados, An.

—Pero ¿qué viene después?

—Nadie puede saberlo. La maravilla está en ello.

—¿Estarás siempre a mi lado?

—Siempre.

—¿Y después que yo me haya ido?

—Puede que queden nuestros hijos.

—¿Nuestros hijos? —se sorprendió la extraña mujer que era An Lowe, sentenciada a muerte por ley natural.

—Sí, retoños de amor entre tú y yo. Eres de una nueva generación futura en Orian, con jardines como ésos. En los primeros ciclos de vuestra historia habían seres así y eran perfectamente felices.

—¿A pesar de saber que tenían que morir?

—A pesar de ello.

An Lowe se abrazó a él.

Luego ambos sintieron como si una fuerza extraña les separase violentamente, desuniéndolos. Y la oscuridad los envolvió a ambos en lo que parecía ser un mundo negro, sin luz, sin ruidos… ¡Sin nada!

G'wer no fue capaz de pensar siquiera en lo que estaba ocurriendo. Se sintió revolotear en el vacío, como si cayera siempre, incesantemente. Pero luego no pudo precisar si fue en un segundo o en mil años, se quedó inmóvil, sobre algo sólido.

Ahora se sintió sin fuerzas superiores, como si un vacío se hubiese hecho en su mente. Se tentó el cuerpo, que parecía sufrir extraños y leves dolores.

Nada podía ver con sus ojos ni con su prodigiosa mente.

—«Eldem» —llamó, sabiéndose empequeñecido.

—G'wer —respondió la voz de ella, muy próxima.

Él se levantó y avanzó en la oscuridad. Ahora sentía perfectamente el piso bajo sus pies.

—¿Dónde estás?

—Aquí.

Sus voces les orientaron. Se tocaron los cuerpos. Se abrazaron.

—¿Qué nos ha sucedido? ¿Dónde estamos? —preguntó An.

—No lo sé… No puedo comprenderlo… Es como si me hubiese desconectado de T'gar… Me siento incluso dolorido como un auténtico ser humano.

G'wer no pudo seguir hablando.

Ante ellos se produjo algo así como un cegador chispazo. Y las sombras se esfumaran en un cono brillante, en cuyo interior apareció la figura de un hombre, cubierto con una clámide blanca, cabeza calva y densa barba, rizada y blanca, que les miraba con ojos penetrantes.

—¿Quién eres? —preguntó G'wer.

—Cuatrocientos años antes de Jesucristo, los atenienses me conocían como Sócrates… Ahora soy sólo una reproducción en luz o cine real. Una pantalla, situada en el techo de esta sala oscura me proyecta ante vosotros.

»No soy real, sino ficción. Pero una sabia máquina parlante, conectada a un intérprete filoelectrónico me va a permitir hablar con vosotros. Después veréis otros seres de la historia y hablaréis con ellos.

—¿Por qué, si no estáis vivos?

—Nuestros cuerpos desaparecieron hace milenios, pero nuestros espíritus siguen vivos.

—¿Quién te proyecta? ¿Los terrestres actuales o Tlem?

—No conozco a Tlem. El presidente Eli Helper os desea probar.

—Pero ¿cómo ha podido…?

El rostro de «Sócrates» sonrió.

—Despreocúpate de eso. Ni siquiera os puedo ver. Sé que sois dos, un hombre y una mujer, semejantes a mí. Tampoco me interesa saber por qué estáis aquí, ni de dónde venís. Me propongo entablar un diálogo entre el pasado y el presente.

—¡Me niego a dialogar con algo inexistente! Soy G'wer, el vigía de T'gar.

—Me alegro de conocerte, G'wer. Yo enseñé moral en mis tiempos. Y no me convenció jamás la corrupción. El hombre debe ser justo, severo más consigo mismo que con los demás. La juventud es el soporte del futuro. Si la orientamos, el mundo de nuestros nietos será mejor que el de nuestros abuelos. ¿Te das cuenta de que el hombre es

puente entre el ayer y el mañana?

—¿Conoces acaso cómo es el hombre en la actualidad?

«Sócrates» sonrió benevolente.

—El hombre no puede cambiar. Siempre será igual. Está unido a la Providencia por lazos invisibles. Medita, G'wer. Tú eres hombre…

—¡No lo soy!

—Te has enamorado de una mujer. No importa cómo hayas sido creado. Todo en ti revela al hombre. Piensas y obras como tal; y, si tu experiencia es ajena, ¿qué importa?

—¡No puedes comprender mi problema! —gritó G'wer—. ¡Vete!

Sonriendo siempre, «Sócrates» desapareció, quedando el lugar a oscuras brevemente, para surgir otro cono de luz, en donde se vio la figura de un hombre, ataviado con ropas de una época lejana en el tiempo, ropón oscuro y largo, como de piel de oso, una gran cadena al pecho y una corona.

Fue An Lowe la que reconoció aquella figura histórica, exclamando:

—¡Es Alfonso X, el Sabio, rey de Asturias, León y Castilla!

—En efecto, hija mía. Así fui llamado en mis tiempos. Yo luché contra la invasión musulmana en mi tierra, y me preocupé también de las humanidades, de la ciencia y de la astronomía. La historia me ha juzgado ya. No fui un sabio, porque el que más sabe, más ignora. Pero fui justo con mis súbditos.

—Y ¿qué mensaje nos traes? —preguntó G'wer.

—Ninguno. Yo no puedo hablar a los seres de vuestra época. Sólo puedo servir de punto de referencia histórica —«Alfonso X» se expresaba con voz suave, triste y algo cansada—. Habéis visto a Sócrates, al que sus enemigos, inferiores a él, vencieron. Sus amigos quisieron salvarle de la muerte y le proporcionaron medios para escapar. Él, en cambio, no quiso aceptar y tomó la cicuta a la que había sido condenado.

»Vivió, pues, de acuerdo con sus propias doctrinas. Y eso hice yo en mi reino. Intenté ser justo. Otros, lo habrían hecho mejor, y otros, peor. De eso jamás estaremos seguros. Pero yo siempre viví de acuerdo con mi conciencia.

—¿Qué lección pretendéis darme? —exclamó G'wer—. ¡No necesito vuestros consejos!

—Te equivocas, G'wer. Todos necesitamos consejos. No hay nada absolutamente sabio, excepto Dios, cuyos designios yo conozco ahora.

—¿Dios? ¿Le conoces tú?

Una triste sonrisa apareció en los finos labios del monarca sabio.

—Yo estoy muerto. Desaparecí de la historia hace miles de años.

Los hombres de ahora han logrado reproducir mi figura y hasta han intentado descifrar mis pensamientos… ¡Pero mi espíritu está aquí! Mi cuerpo no existe ya. En cambio, mi pensamiento ha acudido a esta cita establecida siglos atrás.

»Vais a recibir la visita de buen número de pensadores, políticos, sabios y científicos. Así se estudia ahora la historia de los tiempos, con cine real… ¡Pero tanto el espíritu de Sócrates, como el mío, estamos presentes!

* * *

Vieron y oyeron a seres humanos de la historia. Después de Sócrates y Alfonso X, se presentó Galileo. Luego aparecieron Cristóbal Colón, Descartes, Rousseau, Lamarck, Darwin, Napoleón I, Benjamín Franklin, Albert Einstein… ¡Y muchos otros prohombres de siglos posteriores!

El último no fue un hombre, sino una mujer, llamada Eva María Ponce, presidenta que fue de la antigua Federación Sudamericana, hembra enérgica, sabia y prudente, que consiguió la unión de numerosas naciones.

Ella fue la que explicó a G'wer y An Lowe cuál era el deseo del presidente Eli Helper.

—Quiere ayudarte a regresar a Orian, querido G'wer. Lo hará, si se lo permites. Y te llevarás a An Lowe, porque así lo ha comprendido y lo hubiésemos comprendido todos nosotros. Pero, antes de tu partida, ha querido citarnos ante ti y facilitarte los medios de continuidad que pudiera existir entre el pasado y el futuro.

»Habéis escuchado a esos grandes personajes de la historia. La naturaleza los hizo grandes, siendo pequeños, porque los necesitaba. Ellos os han demostrado que son sencillos, aunque el genio los envolvió. También se dice de mí que fui genial, y no es cierto. Fui humana. Luché por la causa que creí justa. En eso nos caracterizamos todos. No se puede defender con nobleza una causa injusta. Tarde o temprano, la injusticia recae sobre nosotros mismos.

G'wer no podía replicar a tales argumentos. Muchos grandes personajes le habían dicho lo mismo. Pero tenía una importante pregunta qué hacer.

—Perdón, Eva María. He comprendido todo perfectamente. Pero ¿por qué el presidente Helper ha querido darme esta lección?

La imagen que había dentro del cono de luz esbozó una sonrisa, amiga.

—Eli Helper también te hablará, en persona, dentro de poco. Te ha aislado de la energía que te alimenta desde Orian. Ahora, gracias a la

ciencia de los antiguos orianos, eres un ser humano primitivo, como An Lowe.

»Ese aspecto es el que Dios facilitó al ser humano. La transformación científica sufrida por la humanidad durante quinientos mil años no es grata a la Divina Providencia… ¡Y en vosotros dos se recogen, como por providencial designio, la continuidad de una raza que jamás debió modificarse, ni siquiera para conseguir la conquista del universo!

—¿Soy un hombre auténtico? —preguntó G'wer, atónito.

—Un hombre tú y ella una mujer. Ése es, justamente, el principio natural de la vida —terminó Eva María Ponce, con una celestial sonrisa.

CAPÍTULO VII

El presidente Eli Helper se encontraba en el mismo centro de un amplísimo despacho de paredes de cristal, suelo móvil y centrípeta, descansando en un muelle almohadón, color azul celeste.

Su aspecto no difería en nada a un ser humano corriente. Todo él era cabeza, abultada, ligeramente braquicéfalo, de ojos pequeños e inteligentes.

G'wer y An Lowe se dejaron llevar por el pavimento hasta que estuvieron cerca del gran dignatario, al que no acompañaba ningún sirviente, edecán ni consejero.

La entrevista debía celebrarse a solas, entre los tres.

Eli Helper fluctuó sensorialmente ondas de simpatía hacia los, al parecer, desvalidos seres humanos que tenía delante.

—No temáis. Os he hecho venir porque ése es mi deber. El destino me ha otorgado el deber de presidir a mi raza. Eso hago desde hace mil cien años. Ahora es fácil gobernar, porque no es preciso dar siquiera una orden.

»Pero, por favor, sentaos a la antigua usanza árabe. Cruzar las piernas e inclinar el busto ligeramente hacia adelante. No me extraña nada vuestro aspecto. La historia nos enseñó a los antiguos… ¡Debió de ser glorioso vivir en aquella época de violencias y guerras!

G'wer y An Lowe cruzaron las piernas y se sentaron a escasa distancia de donde descansaba el dignatario.

—Si nos comparamos —siguió diciendo Eli Helper—, encuentro tan grotesco y desgarbado vuestro aspecto, como vosotros encontraréis, el mío. ¿No es así?

—Siglos de evolución nos separan, presidente —dijo An Lowe, moviendo suavemente los labios y tratando de sonreír.

—Hace cuatrocientos cincuenta mil años que los médicos dijeron algo así: «No necesitamos el cuerpo. Si lo extirpamos, nuestros cerebros se desarrollarán y seremos mucho más inteligentes que ahora». Fue una gran conquista, ¿verdad? Aunque vosotros llevabais ya más de dos millones de años en evolución.

—Cierto, presidente —replicó An Lowe—. Nuestra evolución era natural, y, posiblemente, habríamos llegado, muchos siglos después de ahora, al estado en que os encontráis vosotros, sin necesidad de acelerar la evolución.

—Puede que tengas razón, hija mía… ¡Se me hace extraño pensar en ti como a una hembra! ¿Por qué has vuelto al pasado?

—Yo le explicaré eso, presidente —intervino G'wer—. Las

máquinas que componen mi organismo electrónico, en T'gar, no pueden cometer errores. Se han estado superando durante siglos, perfeccionándose. Se construyeron para que fuesen autoanalizándose, superándose en técnica y en ciencia.

»Llegado el momento de tener que dar a An Lowe un aspecto en donde no sufriera daño alguno, al reincorporarse, en su máquina inversora del tiempo, a su sociedad, fue preciso darle un aspecto auténticamente humano, débil y natural. No se podía hacer otra cosa.

—Sí, entiendo. Ella es natural y nosotros no —replicó Eli Helper, con tristes ondas sensoriales—. Nosotros hemos desafiado las mismas leyes de la naturaleza. Hubimos de crearnos en los laboratorios, respetando sólo el cerebro, que era nuestra única fuente vital. Así, poseemos una fuerte envoltura ósea, para protegernos, y nuestras neuronas se han desarrollado extraordinariamente.

»Pero, en realidad, somos artificiales. Y soy el primero en reconocerlo. El hombre nació para morir. De su vida nacerían otros hombres. Ésa la continuidad, el camino lógico y evolutivo.

»Forzosamente, nuestro egoísmo nos habría de llevar a la situación actual. Ya no tenemos aspiraciones. Se vive vegetativamente, se alienta, por decirlo así, porque, en realidad, no se vive ya. Somos como momias vivientes, por las que pasan los siglos sin rozarnos.

—Exacta definición —replicó G'wer—. Eso es ahora la humanidad… ¡Momias craneanas y cerebros fosilizados!

—Mi raza, empero, tiene atisbos ancestrales de rebeldía —siguió diciendo el presidente—. Ha bastado que de Orian llegaseis vosotros, para que la inquietud se apoderase de una gran mayoría. En el Gran Consejo no se ha decidido nada, debido a la disparidad de criterios. Esto ya es singular, porque hasta ahora todos pensábamos igual.

»Vosotros sois el chispazo que puede producir la hecatombe. Ahora muchos de nosotros se encuentran perplejos y no saben qué hacer. Está especie de toma de conciencia debe ser providencial.

—Lo es —replicó G'wer—. Todo estaba escrito. Todo se sabía.

—Yo también he intuido esa verdad. Pero hay mucha ciencia en mi mente ahora. Demasiadas leyes que hemos creído naturales. Volver atrás, a partir del error primitivo ya no es posible. ¿Cómo iba yo a adquirir vuestro aspecto, vuestro cuerpo, reducir mi cráneo, mis conocimientos, mi perfección?

—No creo que eso sea posible —admitió G'wer—. La raza humana, tal y como la han desarrollado ustedes, tiene que desaparecer.

Las ondas sensoriales de Eli Helper parecieron emitir un profundo suspiro. Luego su poderosa mente preguntó:

—¿Estás absolutamente seguro de eso?

—Se lo puedo demostrar a todo el que venga a Orlan con… con nosotros —terminó, mirando a An Lowe.

—Habremos de comprobar eso. Siempre nos interesó el extraño faro de T'gar. Pero no podíamos concebir que de allí nos llegase la verdad.

»¿Quién te construyó?

—Tlem.

—¿Qué era?

—Soberano-ingeniero. En el último período oriano, todos se dedicaban a las ciencias exactas.

—He oído hablar de esa poderosa raza ya extinguida. Descendían de nosotros. Y ¿qué ocurre con las radiaciones ionizadas de Orian? An Lowe no podía soportarlas en estado normal y por eso recurrió a su inversor de tiempo.

—Sí, existen peligrosas radiaciones. No en vano he aplacado tempestades siderales durante siglos. Hay una acumulación de radiaciones nocivas. Sin embargo, puedo crear parajes-islas, protegidas, al estilo del Centro de Aclimatación, donde estaremos a cubierto

—¿Tienes robots obreros?

—No exactamente. Mis máquinas actúan a distancia, modificando la materia allí donde la encuentran.

—¡Ah, teleondas activadoras!

—Exacto, presidente. No era preciso enviar a nadie a extraer metal de las minas. Las ondas ejercen su acción a distancia. La teleportación se cuida de instalar los materiales, cuidadosamente ensamblados, en el lugar exacto.

—Ese procedimiento lo practicamos nosotros hace siglos. Es antiguo, pero eficaz. Al poder reducir los circuitos de mando, volvimos al robot-individuo, adaptado al ambiente en que debe moverse. Así allanamos las montañas cuando ya no teníamos atmósfera y salir al exterior era mortal. Luego prescindimos también de la atmósfera subterránea.

—Yo sólo tengo que ordenar un programa de trabajo, trazar su esquema e introducirlo en un ordenador, el cual se cuida de ejecutar la realización. Es un sistema complicado y antiguo, pero muy efectivo y seguro.

—Me alegra saber que lo tienes todo resuelto G’wer. Quiero ayudarte a que vuelvas a T'gar y vaya contigo An Lowe. Recurro a mis conocimientos de historia y vuestro aspecto se me hace por momentos más agradable.

»¿Os podéis mover y pensar en otra cosa al mismo tiempo?

¿Quieres hacerme el favor de moverte, An Lowe?

La joven asintió y se levantó, ejecutando unos; graciosos y rápidos pasos como de baile.

—¡Es maravilloso! —«ideografió» Eli Helper—. Nosotros hemos perdido la gracia del movimiento.

* * *

La sala de proyecciones cinematográficas de Eli Helper era una creación extraordinaria de técnica y realismo. Allí no se precisaban conos de luz y una oscuridad absoluta. Las figuras aparecían de tamaño algo inferior al natural, pero en proporcionada escala. Las ondas cromáticas reproducían en relieve perfecto todos los tonos de las figuras, incluso las que evolucionaban con más rápido movimiento.

Eli Helper quiso obsequiarles con una representación de ballet clásico. Emitió sus órdenes mentales y, sentados sobre una especie de tribuna, vieron a las bailarinas, imagen y semejanza de An Lowe y G'wer, con sus piernas enfundadas en medias de color rosa, faldas cortas y blancas, brazos desnudos y cabellos sueltos.

Interpretaban la «Romería bávara», de Schurtz, un compositor del siglo XXI, considerada como una de las obras maestras de la música.

G'wer estaba extasiado admirando la poesía de aquellos movimientos precisos y armoniosos, cuya música flotaba en el ambiente del espacioso salón de proyecciones.

Habían comido poco antes, en otro lugar del palacio. El presidente les había estado contemplando con delectación. Fue entonces cuando les invitó a ver su «teatro histórico».

Un grupo de jóvenes danzarinas se materializó, quedando inmóviles y con los brazos hacia atrás. Atacó el preludio y las evoluciones se hicieron rodeándose en círculos las muchachas, hasta que apareció la primera danzarina, cuyo elástico salto, lleno de gracia y belleza, dejó extasiado a G'wer, quien jamás había visto nada semejante.

—¡Increíble! ¿Es real o ficticio? —osó preguntar.

—El cuerpo de baile está copiado exactamente del natural. Se realizó en el año 2436, en Viena. Nosotros pudimos reproducirlo hace mil años, copiándolo de un viejo film. Se ha tratado todo con rigor científico. El arte está puesto por los mismos artistas. A veces gozo mezclándome entre ellos. No les estorbo, porque sus imágenes no me molestan. No están. Si An Lowe se mezcla con ellos, nada ocurrirá, excepto que perderemos algunos pases… ¡Y todos son perfectos!

Así era, en efecto. Durante dos horas, los danzarines del pasado se fueron sustituyendo, como cuando buscaban el «mutis» para un rápido

descanso, para reaparecer luego, evolucionar de nuevo con mayor brío y magistral gracia, hasta llegar al apoteosis, donde ciento ochenta danzarines se agitaban en medio del salón, siguiendo el ritmo impresionante de la música en su explosión final.

No hubo aplausos. El cuerpo de baile se inclinó, en filas de seres agitados por el cansancio, y luego todo se esfumó, desapareciendo gracias a la magia de la ciencia.

—¡Inmensamente maravilloso! —exclamó An Lowe, que había permanecido extasiada durante toda la representación.

—Cuando os vayáis a Orian, os regalaré el registro de esa obra única en su clase. Podréis gozarla en vuestra soledad y recordar así que no toda la ciencia de los hombres sirvió para sumergirnos en el error del progreso.

—Yo estoy convencido de que los hombres han hecho muchas cosas mal, ¡pero también muchas bien!

—Puede que tengas razón, hijo mío —replicó Eli Helper—. Ahora debéis perdonarme. Debo ir a presidir en Gran Consejo, donde trataré de convencer a mis hermanos de que es conveniente dejaros volver.

—Sí, vaya, presidente. Pero hay una pregunta que me inquieta desde que me hizo ver a Sócrates y a todos los grandes hombres del pasado. ¿Cómo logró usted aislarme de la corriente de energía que me une a T'gar?

—¿Sabes lo que es el círculo inactínico?

—No. Por ese nombre no conozco nada.

—Nuestros científicos idearon un procedimiento aislante para toda la Tierra, cuando temían una explosión final del sol. Hace miles de años que está preparado y no funciona. Se dispara el círculo inactínico, que es una especie de ciclón, y en toda la superficie del planeta se forma un escudo que nos aísla enteramente del resto del universo. El sol puede estallar en mil pedazos, pero a nosotros no nos ocurre nada absolutamente. Lo más que podemos percibir es una ligera vibración.

»Pues bien. Hice disparar el círculo inactínico y te trasladé, por teleportación, a una cámara negra, donde estudié tus reacciones frente a los hombres y mujeres que el cine real podía enfrentarte. Era una prueba psicológica, de las que has salido triunfante. An Lowe es ahora, gracias a tu ciencia, una hija desamparada. Antes de dejarla ir contigo, la habríamos destruido y a ti con ella.

»Pero el hombre actual no es ciego a la verdad.

Y sabemos que los orianos no te hicieron malo, sino perfecto, en otro concepto. Por ese motivo te hemos sacado del encierro y te hemos traído aquí.

»Ahora, sin embargo, debo convencer a mis hermanos…

* * *

—¡Muerte y destrucción! —expresó Hoer Kany, que había venido de SubAtlas, presidiendo la comisión encargada de informar sobre G'wer y An Lowe—. ¡Esos seres son enemigos nuestros y deben ser aniquilados! ¡El poder de los ojos de G'wer es un peligro importante para todos nosotros!

A su lado, el profesor Arren osó añadir:

—Su ciencia es superior a la nuestra. Yo no sé si deben morir o no. Eso lo decidirá la comisión de justicia. Pero sí es cierto que, para convencernos de su fuerza, destruyó el centro vital de un «waken» y nos retó a que le devolviéramos la vida.

—Estoy enterado de eso —declaró Eli Helper—. G'wer sabía que An Lowe iba a morir, si regresaba con su natural aspecto a nosotros. Él no podía dejarla morir. La demostración con el «waken» tenía por objeto convencernos de que nosotros no podríamos reavivar a An Lowe, lo que determinaría una nueva ley: ¡de que no somos mortales!

Estas palabras provocaron una gran excitación entre los diez mil consejeros reunidos en el hemiciclo, como si todos quisieran expresar su repulsa y protesta al mismo tiempo.

El presidente se vio en la necesidad de pulsar mentalmente uno de los resortes del tablero electrónico que tenía ante él. El silbido inaudible de una onda ultravioleta contuvo las ondas mentales de protesta.

—Es cierto —dijo Eli Helper—. Lo he comprobado.

—¿Cómo? —preguntó Dek Eme, también presente en la comisión.

—Por mí mismo. Dispongo de medios de registro mental, como sabéis, y he sondeado su mente, que es clara como el cristal.

—¡Pero destruyó con su poderoso rayo visual a veinte de nuestros soldados robots! —declaró El Blem.

—Estaba en su perfecto derecho a defenderse. En cambio, vosotros no teníais ninguno al enviar contra ellos a los robots. ¿Para qué está el Gran Consejo? ¿Con qué derecho os habéis atribuido poderes de justicia y ejecución, poniendo en peligro la existencia de uno de nuestros semejantes?

—Si te refieres a An Lowe, ya no es semejante nuestro —dijo Hoer Kany, solemnemente.

Otro clamor de ideas llenó el hemiciclo. Eli Helper comprendió que el más incisivo de los comisionados de SubAtlas era precisamente Hoer Kany, cuyo talento natural parecía estar imbuido de cierto poder malsano y demoníaco.

—Lo siento, Hoer Kany. Pese a su aspecto, An Lowe es hermano nuestro —habló el profesor Arren—. Fue a T'gar en misión científica y nos envió un gran número de informes.

—¡Que no nos demostraron nada!

—Bien, no siempre se ha de tener éxito en una investigación.

—Yo quiero que me dejéis demostrar que An Lowe fue sustituido en T'gar por esa especie rara, que dice ser An Lowe, y que no es más que un remedo de mujer antigua, sin talento, ni sabiduría…

—¡Basta, Hoer Kany! —atajó el presidente—. No sé qué te ciega. Eso que has dicho no es cierto. An Lowe posee tanta sabiduría como tú. También lo he comprobado.

Tras una pausa, Hoer Kany, dirigiéndose a la magna asamblea, dijo:

—Temo que el maligno poder de esos extranjeros no esté sólo en el rayo visual destructivo. Empiezo a creer que sus cerebros adormecen y ciegan a nuestros débiles gobernantes, haciéndolos suyos, doblegándolos y ofuscándoles con no sé qué extraña magia.

—¡No te permito ese tipo de insultos, Hoer Kany! —exclamó Eli Helper, amenazador.

—No trato de insultarte, presidente. Intento llamar la atención del Gran Consejo acerca de la posibilidad de que esos extranjeros estén dominando tu juicio imparcial.

—¡Ninguna influencia ejercen sobre mí!

—Tus pensamientos me hacen creer lo contrario.

—¡Quedas expulsado de mi presencia, por desacato!

Hoer Kany debía abandonar el hemiciclo. Sin embargo, no se movió del sitial alveolar que ocupaba. Y añadió:

—SubAtlas exige que se le entregue a los extranjeros para su sacrificio. Si tu propósito es desunir nuestra sociedad, estás cerca de lograrlo. Si me marcho, la comisión de SubAtlas se irá conmigo.

—¡Esto es un desacato a mi autoridad, rebeldía, sedición…!

—Basta de vanas expresiones, presidente. Los hechos están claros. Dos extranjeros han llegado a SubAtlas, han empleado métodos que ignoramos, muy a pesar nuestro, y han matado a un «waken», al que no hemos podido reavivar.

»Eso nos coloca en una situación de peligro que todos comprendemos perfectamente, porque si es deseo de ellos causarnos daño, no podemos defendernos. Incluso los robots-soldados han sido destruidos. ¿No es esto inseguridad?

—¡Exterminándolos no conseguiréis nada! —declaró Eli Helper, empezando a sentirse inseguro en su sitial de presidente.

—¡Muerte! —clamaron numerosas mentes.

Eli Helper empezó a temer lo peor.

—No —replicó—. En todo caso, haremos justicia. Pero no debemos juzgar ciegamente a nadie, y menos a un semejante nuestro.

—¡Que se presenten ante nosotros y si intentan, utilizar su poder, aniquilémosles! —pidió ahora la opinión general.

El presidente sintió la congoja apoderarse de él.

Impuso silencio y luego, mirando a los miembros de la comisión de SubAtlas, dijo:

—Sea. Comparecerán ante nosotros. Les juzgaremos… ¡Pero no creo que podamos nada contra la voluntad de Dios, que es quien les ha enviado hasta nosotros, como profetas, a decirnos que nos quedan ochocientos años para rectificar todos nuestros errores! ¡Y ahora estamos cayendo en otro mucho más abyecto!

CAPÍTULO VIII

Por vez primera, desde que poseía la singular apariencia de una mujer primitiva, An Lowe presintió que algo nefasto iba a ocurrir, al abrirse silenciosamente la puerta de la alcoba que le habían asignado en el palacio presidencial, provista de atmósfera artificial, y aparecer un sirviente robot, quien dijo:

—El presidente le ruega que vaya a su despacho.

—¿Y G'wer?

—Ahora mismo le avisaré —contestó el robot.

An Lowe terminó de arreglarse el peinado ante un espejo y salió al pasillo. Como sujeta a ella por gravedad molecular, la envolvente atmosférica le acompañó al exterior.

La puerta de la habitación contigua se abrió también y el robot repitió su mensaje a G'wer, quien, sin sorpresa, salió a reunirse con An Lowe.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé —contestó él, preocupado—. Desde que han puesto en funcionamiento el círculo ciclónico inactínico, he dejado de recibir energía de T'gar. Estoy a merced de ellos y no puedo defenderme.

—Tengo miedo, G'wer.

Él la abrazó, tratando de confortarla.

—Deséchalo y confía en el presidente. Nos ha demostrado su simpatía y no nos causará ningún daño.

—Espero que no te equivoques.

Guiados por el robot sirviente, recorrieron varios amplios y magníficos pasillos, cubierto de muestras de arte de todas las épocas, caminando sobre artísticas alfombras, hasta llegar al antedespacho, en donde los secretarios y ayudantes del presidente les observaron con su peculiar inmovilismo.

Sin embargo, alguien debió de pulsar los resortes electrónicos que abrían la puerta del despacho amplio y circular del presidente Eli Helper, porque el cristal opaco se descorrió, dejándoles franqueado el paso.

Entraron. Las pistas centrípetas les llevaron hasta unos metros de donde se encontraba Eli Helper, no sentado sobre su almohadón azul, sino ingrávido, a unos centímetros del suelo, como si se sostuviera sobre invisibles piernas.

Sus primeras palabras hicieron encogerse el corazón a An Lowe.

—Lo siento profundamente. El pueblo quiere vuestra aniquilación.

—¿Eh? —exclamó G'wer.

—No puedo hacer absolutamente nada. Habéis de comparecer ante una comisión de justicia, presidida por mí, donde se decidirá vuestra suerte.

—¿Por qué? —quiso saber An Lowe.

—Así lo ha exigido la comisión científica llegada de SubAtlas. He intentado oponerme, sin éxito. Si hago prevalecer mis derechos de presidente, habría ocurrido algo que jamás sucedió desde que gozamos de los actuales estatutos.

—¿Qué habría sucedido? —quiso saber G'wer.

—Se habrían rebelado contra mi autoridad y la guerra civil, posiblemente catastrófica, nos habría aniquilado. No he tenido más remedio que acceder a que os juzgue una comisión jurídica.

—¿Qué nos pueden hacer?

—Eliminaros, destruir vuestros cuerpos y mentes.

—¡No tienen derecho a cometer ese crimen! —exclamó G'wer.

—Todo el derecho.

—¡Me defenderé! —exclamó G'wer—. Tiene usted que hacer retirar el círculo inactínico, para que siga recibiendo la energía que necesito.

—No, lo lamento. No puedo hacer eso. Serían mis hermanos de raza los que sufrirían el castigo. Y, aunque lo merezcan, yo no puedo apoyar y colaborar en su destrucción.

—¡Esto es terriblemente injusto, presidente! —añadió An Lowe, acercándose y postrándose de rodillas ante aquel ser poderoso como un rey—. ¡Esa actitud vengativa no beneficiará a nadie! ¿Ha pedido mi muerte el profesor Arren?

—Él, precisamente, no. Pero forma parte de la comisión llegada desde SubAtlas —replicó el presidente—. Estoy imposibilitado para hacer nada y no puedo dar medios a G'wer para que destruya.

—¡No destruiré! —declaró, G'wer—. Mi energía la emplearé en modificar el modo de pensar de esos hombres obstinados.

—Tampoco… Lo siento. He de ser justo, G'wer. Esos hombres han de actuar de acuerdo con el dictado de su conciencia. Oirán a Hoer Kany, cuya persuasión es incisiva y penetrante, y os oirán a vosotros. Vais a tener los mismos derechos. Hablaréis en vuestra defensa y ellos acusarán, basándose en lo que creen un deber.

»La comisión jurídica escuchará y luego deliberará, para terminar dictando sentencia, que puede ser absolutoria o no. En cualquier caso, la sentencia es inapelable.

»Por eso, como es de justicia y reconocido en nuestros estatutos, nadie puede oponerse. El único inconveniente que veo es la predisposición en que se encuentra la comisión de justicia, muchos de cuyos miembros son consejeros del Gran Consejo.

An Lowe miró a G'wer.

—Nos condenarán. Lo he presentido.

—¿Y no podemos hacer nada? —insistió G'wer.

—Nada en absoluto.

—¿Cuántos seres forman esa comisión jurídica?

—Cien. Tengo cincuenta a mi derecha y cincuenta a mi izquierda. La sala de justicia está custodiada por varios millares de robots-soldados y nadie puede entrar ni salir de ella durante el tiempo que dure el juicio.

»La ley es muy simple. Después de escuchar la acusación y la defensa de los acusados, la comisión delibera en silencio. Tanto el discurso de los acusadores como el de los defensores ha de hacerse dentro de las reglas de la ley. Hay cierta ventaja, sin duda, para los acusados, ya que pueden saber, de antemano, cuál es la acusación, sin cuyo requisito no podría celebrarse el juicio. Así, la ventaja estriba en que la defensa puede hacerse más efectiva y concreta, destruyendo uno por uno los alegatos de la acusación.

—¿Y si eso no es posible?

—Entonces, al terminar la deliberación, todos los miembros del consejo jurídico se trasladan a la izquierda del presidente.

—¿Y significa...? —inquirió G'wer.

—Que la acusación es aceptada y se aprobará la pena exigida. En cambio, si hay mayoría a mi derecha, es que se acepta la defensa.

—En efecto, G'wer —añadió An Lowe—. La comisión jurídica es libre de situarse a la derecha o a la izquierda del presidente. Si el mayor número de comisionados se sitúa a su izquierda, nos condenan. Si el mayor número está a su derecha, nos salvamos.

—Y ¿cuándo van a celebrar el juicio?

—Dentro de breves días. Cuando esté hecha la acusación y vosotros tengáis tiempo de preparar vuestra defensa os avisaremos con tiempo. Mientras tanto, no tengo más remedio que decretar vuestro confinamiento y vigilancia. Cualquier intento de huida se considerará como una prueba de culpabilidad y la guardia os aniquilará sin miramientos.

G'wer no respondió.

* * *

Dos días más tarde, la pantalla de la habitación en que estaban alojados, desayunándose, se iluminó, apareciendo un secretario de la comisión jurídica, quien les expuso con todo detalle la acusación presentada por Hoer Kany y la comisión científica del Centro de Clasificación terrestre de SubAtlas, y que era la siguiente:

—Los individuos de aspecto de terrestres primitivos que dicen llamarse G'wer, de T'gar (Orian), y la supuesta mujer, que dice llamarse An Lowe, son acusados de amenazar la pacífica comunidad humana de la Tierra, por medio de armas que parecen llevar interiormente y que se manifiesta por medio de un rayo intenso, surgiendo de los ojos del llamado G'wer.

»Consideramos que, por medio de ese rayo fatídico, se ha dado muerte a un individuo de segunda clase, de raza «waken», al que nuestra ciencia perfecta no ha podido reavivar. Bien es cierto que se trató de un reto lanzado por el llamado G'wer, pretendiendo demostrar que la supuesta criatura que se ha identificado como An Lowe, hermana nuestra, estaba condenada a muerte. Y la muerte ha sido desterrada de nosotros hace muchos siglos.

»Considerando también que el mencionado G'wer, con razón o sin ella, y como medida de prevención, tenía que ser neutralizado, se le envió un pelotón de soldados robots, los cuales quedaron totalmente inutilizados por el poder visual del acusado; el cual manifestó así el peligro en que nos encontramos, habida cuenta que la muerte producida por esos desconocidos rayos visuales no puede ser contrarrestada por nada, según experiencias efectuadas en el Centro de Inspección e Investigación de SubAtlas, y cuya memoria técnica presentamos junto con la denuncia.

»A todo lo expuesto, esta acusación debe añadir:

»1.°: Jamás se había dado el caso de alguien capaz de poseer conocimientos superiores a los nuestros.

»2.°: No podemos admitir, bajo ningún concepto, que la mujer que hace llamarse An Lowe, sea, auténticamente, el científico que enviamos a Orian hace seis mil años. Por lo tanto, creemos, por su aspecto, que es un compañero de G'wer, susceptible de poseer su mismo poder y estar en condiciones de causarnos el mismo quebranto y ruina del otro.

»3.°: Es de justicia, razón y defensa común que los acusados deben ser condenados a muerte y aniquilados con rapidez, para evitar la amenaza latente que gravita sobre todos nosotros. Al mismo tiempo, debemos reanudar todos nuestros esfuerzos para averiguar qué misterio se esconde detrás de la llegada de esos seres a nuestro planeta; y, si es preciso, ordenar la destrucción de Orian, con todo lo que de nefasto y peligroso puede haber en aquél remoto mundo.

»Fechado en SubEuropa, en agosto del año 500.000.

El individuo de la pantalla desapareció, pero en caracteres idiográficos, aquella acusación quedó impresa en la pantalla, para que los dos acusados pudieran releerla y repasarla a fin de formar su

propia defensa.

Durante el tiempo que permaneció escuchando, An Lowe se había ido tornando pálida. Ahora, al volverse a mirar a G'wer, su semblante era cerúleo.

Sin poderse contener, saltó hacia él y le abrazó, estremeciéndose.

—Hace siglos que no se reunía la comisión de justicia —dijo An, entre sollozos—. Y sé que es una acusación terrible, donde el veredicto será contrario a nosotros… ¡No tenemos defensa!

—¡Vamos, vamos, «Eldem! —exclamó G'wer, sonriendo y tratando de tranquilizar a su compañera—. No hay que ponerse así. Aún no se ha dado el veredicto. Falta que hablemos nosotros. Cien de tus coterráneos nos escucharán. Sabremos defendernos.

—¡Cerrarán sus mentes a nuestras palabras! ¡Lo presiento! Soy como ellos y sé lo que haría en su lugar.

—No tienes muy buena opinión de ti misma, amor mío.

—¿No te das cuenta que nos creen un peligro mortal para todos ellos?

—El presidente sabe que no lo soy, que estoy indefenso…

—¡Pero el presidente es un mudo testigo del juicio! ¡Es la comisión jurídica la que está ya estudiando la acusación y luego oirá nuestra defensa…! ¡Y nos creerán peligrosos!

—Bueno. Se trata de demostrarle que no lo somos. Eso es todo.

An Lowe miró a los ojos de él, esperanzada.

—¿Vas a defenderte?

—Naturalmente. ¿Qué otro recurso me queda? Yo vine aquí voluntariamente, para salvarte, conocer tu mundo y a tus gentes. Ésta fue la cuna de la civilización oriana. Yo, su superviviente, reencarnado en ellos, debo afrontar la gran prueba de mi cultura con la de ellos… ¡Y estoy seguro de vencerles! Si no logro que todos los miembros de la comisión jurídica pasen al lado del presidente Helper, será que no merezco siquiera lo que Tlem hizo por mí.

—¿Crees, pues, que hay esperanza? —insistió An Lowe.

—Claro que sí. Ea, no te preocupes. Tenemos que alimentarnos y descansar. Luego, con calma, prepararé mi defensa. En SubAtlas no dejamos una impresión muy favorable, a juzgar por esa acusación. Pero confío en vencer y que sea retirado el círculo inactínico, para poder reintegrarme a T'gar… ¡Y tú vendrás conmigo para siempre! ¿Verdad, cariño?

—¡Dios no nos abandonará en esta dura prueba, G'wer! —exclamó An Lowe, más confiada ya.

Comieron juntos, sobre una mesa de servicio electrónico y teleportátil. Fue una comida algo triste, pero suculenta y refinada.

G'wer saboreó excelentes licores y terminó fumándose un cigarro puro de óptima calidad.

Luego se retiraron a descansar, cada uno a su alcoba.

Allí, a solas, G'wer se esforzó inútilmente en acumular energía, realizando una prueba que no quiso hacer en presencia de An Lowe. La verdad era que G'wer no confiaba nada en los seres humanos. Él también había intuido el peligro y entrevisto la muerte, en una ejecución desintegrante y definitiva.

En realidad, para los efectos posteriores, su muerte carecía de importancia. G'wer, el vigía de T'gar, continuaría funcionando en Orian. No se habría perdido más que una prueba de reproducción humana al estilo clásico. G'wer era una parte externa de la maquinaria perfecta creada por los técnicos de Tlem.

Sin embargo, G'wer había encontrado placer en su encarnación humana, y debía luchar con todos sus medios para conservarla. Pero, a pesar de ello, el objetivo primordial ahora, por encima de toda duda, era luchar con ahínco para salvar a An Lowe. Si no lo lograba, G'wer se vería, además de aniquilado, desprestigiado ante la verdadera esencia de su propio ser mecánico.

G'wer no podía fracasar, porque el triunfo del error y del mal, como pretendían Hoer Kany y sus amigos, sería el fracaso total de la raza humana y su propia aniquilación transcurrido un período de ochocientos años.

¡G'wer tenía que vencer para salvar más que a nadie a sus propios enemigos!

* * *

Al día siguiente, An Lowe penetró en la alcoba de G'wer, encontrándose a éste inclinado sobre una mesa, redactando notas para su defensa. Tenía placas metálicas azules y grababa sobre ellas textos y frases por medio de un «grafonic» de escritura electrónica, que podía ser borrada con el mismo aparato de escribir.

Él se volvió al oír entrar a su compañera.

—Hola, buenos días. ¿Has descansado bien, amor mío?

—No, G'wer. Apenas he podido dormir. Pero he llegado a la conclusión más acertada para nuestra defensa.

G'wer arqueó las cejas.

—¿Y cuál es esa conclusión, mi cielo? —preguntó.

—Nos separamos tú y yo.

—¡Vaya! Eso no es solución. Nos han unido en una acusación.

—No me refiero a eso, G'wer. Déjame, apártate de mí. Yo puedo recobrar mi verdadero aspecto por medio de mi máquina inversora de

tiempo. Dejo de ser tu poética «Eldem» para convertirme en el ser asexual que he sido siempre.

Ahora G'wer entornó los ojos.

—No puedes hacer eso —dijo, entre dientes—. Te aseguro que morirías.

—Sí, te creo. Pero tú te salvarías, porque ellos se darán cuenta de que has dicho la verdad.

G'wer se puso lentamente en pie y se aproximó a ella, tomándola de sus bonitos brazos, que parecían moldeados un escultor griego.

—¿Eso se te ha ocurrido?

—¡Sí, es la única solución para que tú no mueras!

—¡Pero si no pueden matarme, «Eldem»! Es por ti por quien hago todo esto. A mí me podrían destruir, y la verdad será que se destruirán ellos mismos, condenándose al silencio y al olvido de la eternidad en la divina dimensión.

»¡Yo quiero salvar tu vida poética y romántica! ¡Quiero vivir contigo tal como eres, en el paraíso que crearé para nosotros en T'gar! Si yo muero no ocurre nada. Sigue en T'gar, vigilando el cosmos. Pero si tú mueres, un precioso sueño se desvanecerá contigo… ¡Tus hermanos verán su propio fin en tu muerte y la gran verdad se habrá perdido!

»No, yo sé que has pensado mucho en eso y que te has decidido por el sacrificio, creyendo la mejor solución. Pero te has equivocado. La solución la tengo ahí, en esas placas.

»He trabajado durante toda la noche para dar la réplica a la acusación. Ya casi he terminado. Eso hará que todos los miembros de la comisión pasen al lado derecho del presidente Helper y se nos autorice a regresar a T'gar… ¡Así nos habremos salvado, y tus hermanos se habrán salvado también, porque habrán comprendido el error en que vivían y buscarán el Dios que la historia ocultó en el pasado y que sólo parece conocer el propio presidente!

—¿Estás seguro del éxito de tu defensa? —preguntó ella, intranquila.

—Tan seguro como que nuestras vidas van a ser maravillosas, largas y llenas de alegría y emoción.

—¿Tantas cosas pueden suceder en tan breve período de tiempo? —preguntó An Lowe, intentando sonreír.

—Sí. Un día serán mil siglos de felicidad y alegría. Y tu existencia será maravillosa.

—¡Oh, G'wer! ¡Cuánto daría porque eso fuese cierto!

—Lo será. Puedes estar segura.

Él la atrajo hacia sí y la besó apasionadamente, haciendo que ella

se estremeciera de dicha por vez primera.

¡Así intuyó An Lowe la felicidad y el amor!

—¡Sí, G'wer; ahora lo sé! ¡Llámame «Eldem», hazme sentir la esperanza que ahora siento! —replicó ella, radiante de alegría—. ¡Quiero vivir aunque sólo, sean sesenta años, cincuenta, o cuarenta…! ¡Pero quiero pasarlos a tu lado! ¡Quiero tener hijos tuyos y verlos crecer! ¡Quiero ser tu mujer, tu compañera, tu amante!

—Lo serás —contestó G'wer, sonriendo y volviendo a besarla.

CAPÍTULO IX

La sala de la justicia también era circular y abovedada. En un alto estrado de platino estaba el presidente Eli Helper, como descansando en un almohadón dorado. A su derecha e izquierda, en semicírculo escalonado, se encontraban los miembros de la comisión jurídica y los pasillos delanteros del estrado presidencial permitían fácilmente que los juristas pasaran de derecha a izquierda del presidente, o viceversa, puesto que había cien lugares preparados a cada lado.

En el centro de la sala estaban los acusados, de pie ante sus jueces, y, frente a ellos, en el estrado pequeño de la acusación, se encontraban los acusadores llegados de SubAtlas, con Hoer Kany en el centro, hermético y cerrado su cerebro. A su lado, se hallaba el profesor Arren, El Blem, Dek Eme y otros, hasta doce seres-cerebro, que pedían el aniquilamiento de los acusados, detrás de los cuales se encontraba una vigilancia robótica en estado de expectación.

Fue el presidente Eli Helper quien, cuando todo estuvo preparado, hizo la siguiente pregunta:

—¿Han recibido los acusados la acusación?

—Sí —contestaron An Lowe y G'wer, al unísono.

—¿Tiene la acusación alguna rectificación qué hacer?

—No.

—En ese caso, tienen la palabra los acusados. Pueden hablar primero uno y luego otro o ambos a la vez, indistintamente. Este tribunal acepta las inconveniencias del lenguaje, pero lo comprenderá perfectamente.

—Gracias —dijo G'wer, poniéndose en pie y sonriendo confiadamente—. Es un honor para mí dirigirme a tan dignos representantes de la raza humana, de la cual descendían los orianos que me construyeron.

»Y a propósito de esto, ¿han creado los terrestres alguna máquina destinada al servicio de todas las razas navegantes del cosmos y que, al mismo tiempo, sirva para autoperfeccionarse, reproducir seres humanos del tipo de sus constructores y que arriesgue una parte de sí misma para intentar salvar a esta altiva y soberbia humanidad ya casi extinta, de la que procede su creación?

»O dicho de otra manera. ¿No se siente orgullosa la raza humana, de la cual sois dignos representantes, de que, en el pasado, vuestros padres y abuelos, los navegantes del cosmos, lucharan con otras razas, se fundieran con ellas, naciendo así los orianos, ya desaparecidos, de quien desciendo?

»O más claro aún. ¿Vais a negar que los descendientes de vuestros padres pudieran hacer llegar ahora hasta vosotros la salvación y la redención que ellos ganaron para vosotros?

»Estoy seguro de que no creéis mis palabras. Pero yo estoy dispuesto a hablar durante ochocientos años, si es preciso. Yo no puedo fracasar porque fui creado para el éxito y no para el fracaso, de lo contrario no me encontraría aquí, amenazado por vuestras leyes.

»Sí, he dicho que puedo hablar durante ochocientos años. Y vosotros tenéis la necesidad de escucharme, o faltaréis a vuestras propias reglas y estatutos. Mi defensa puede ser todo lo amplia que yo quiera. Si alguien osa interrumpirme antes de terminar de hablar, se dará como cierta mi inocencia y la de An Lowe.

»Sólo el presidente puede interrumpirme o hacer suspender el juicio, si algo no es legal o está estatuido así.

»Yo espero convenceros de nuestra inocencia antes de ese tiempo, que es el límite de vuestra raza. Está decretado por el único que puede crear razas y destruirlas.

»Yo sé que habéis abusado mucho de su paciencia. Pero en su divina bondad, no podía castigaros, porque erais su obra. Y os dejó hacer. Y os dejó burlar a la muerte, cuando de lógica y sentido común sabéis todos que nada puede ser imperecedero.

»Os habéis estado engañando inútilmente. Y ahora queréis seguir manteniendo el error. No podéis vivir eternamente, porque la eternidad no corresponde a esta tercera dimensión, sino a la dimensión infinita, que es donde está la verdad suprema.

»Vuestra raza se estancó hace siglos, después de lo que vosotros llamasteis el dominio de la vida y la muerte. Habíais conseguido, a vuestro parecer, la longevidad, anulando el cuerpo humano, lastrado y tarado, expuesto a enfermedades, que eran la esencia misma de la vida.

»Vencido aquel obstáculo, provistos de poderosas mentes humanas, os aferrasteis a una sociedad equilibrada y justa, siempre a vuestro criterio egoísta, de raza superior e invencible. Erais los dueños del universo y podíais descubrir todos sus misterios, porque disponíais de todo el tiempo existente, desde vuestro mismo principio hasta el fin de todo.

»¡Y eso os lo habían dicho las máquinas y os lo repito yo! ¡Todo lo que empieza termina! ¡Vosotros no sois, pues, inmortales! ¡Esto es física elemental y los sofismas engañosos que habéis ideado no es más que insulsa palabrería, nefasta ignorancia, aberración!

»Yo he venido a deciros que vuestro fin se acerca. Sabéis lo que son ochocientos años. Puede ser un largo período de tiempo o un breve

lapso en el transcurso de la historia. Luego, yo os lo aseguro y os lo puedo demostrar, vendrá el fin.

G'wer iba a proseguir su altisonante discurso, cuando el presidente Eli Helper le interrumpió, preguntándole:

—¿Puedes demostrar lo que dices, G'wer?

—Sí, puedo.

—¿Cómo?

—Llevando a alguien conmigo a T'gar y haciéndole ver el resultado de mis análisis.

—Eso no es posible. Este juicio ha de celebrarse aquí y nadie puede abandonar esta sala hasta que se dicte la sentencia. Sin embargo, tus palabras parecen fuertes y seguras. Además has dicho que piensas hablar ochocientos años sin interrupción. ¿Es eso posible en un ser de tu aparente débil aspecto?

—Eso es lo que humanamente ignoro —contestó G'wer, sonriendo —. Pero lo intentaré. De otro modo, no creo capaz de convencer a nadie para que se sitúe a vuestra izquierda.

—Bien, prosigue. Te escucharemos.

G'wer hizo una pausa para acercarse al estrado en donde se encontraba la acusación, impasible. Allí se puso en jarras y habló de nuevo, con voz suave:

—Óiganme bien, señores. Ustedes me acusan de amenaza y peligro para la humanidad. No dudo que así lo creen. Han visto lo que he hecho y me temen.

»No deben temerme ahora. Aunque me lo propusiera, no podría ejercer mi fuerza visual, contra ninguno de ustedes, porque un ciclón inactínico y protector evita que llegue energía hasta mí. De ese modo, tampoco puedo huir. Mi único recurso es hablar, hablar, hablar… ¡Hasta que pueda!

»Aun entonces no habré terminado de hablar. Conozco mis derechos. Estoy limitado a un estado físico inferior que el de ustedes. Necesito comer y beber cada ocho horas. Necesito dormir y reponer fuerzas, porque así eran los antepasados de ustedes. Y, en justicia, si me juzgan y quieren condenarme, me han de conceder derechos perfectos a mi condición.

»An Lowe y yo hablaremos alternativamente todo el tiempo que sea preciso. Ustedes, en cambio, han presentado una acusación y no pueden decir nada, excepto escuchar. Cuando terminemos nosotros, la comisión jurídica decidirá nuestra suerte.

»La ley me autoriza a defenderme todo el tiempo que lo crea necesario. Exijo descanso para alimentarme. Mientras hago eso, mi compañera seguirá mi discurso. Cuando descanse ella, hablaré yo.

»Pero ustedes no pueden oponerse, porque la más mínima objeción a la defensa significa nuestra absolución. ¿No es así? ¿Nadie quiere responder?

—El acusado no debe presionar a los acusadores para que emitan un pensamiento. Eso es una argucia ilegal —«ideografió» el presidente Eli Helper.

—Gracias, presidente. Pero todos saben que yo no esperaba una respuesta liberadora de parte de ellos. Me basta conque oigan mis palabras y sepan que estoy diciendo la verdad. Yo sé que, tarde o temprano, me comprenderán y serán ellos los que hablarán pidiendo sea retirada la acusación.

»Tanto An Lowe como yo no tenemos prisa en terminar. Voy a explicarles, como prueba testifical de esta defensa, lo que An Lowe me ha propuesto para que yo pueda salvarme y regresar a T'gar.

»An Lowe es una mujer auténtica, como yo soy un hombre auténtico. Y ahora que estoy desconectado de T'gar, más que nunca. Ella ha querido ser devuelta a su condición natural, como todos ustedes, sabiendo que iba a morir en el acto y que no hay ciencia humana capaz de devolverle la vida.

»Habría sido un maravilloso sacrificio, que yo no puedo aceptar bajo ningún concepto, porque mis sentimientos hacia ella son puros. La quiero y deseo proporcionarle una vida distinta a la que ha tenido hasta ahora. Esa vida será de felicidad.

»Yo no acepto el salvar mi parte de vigía de T'gar a cambio de una vida que promete ser tan bella.

»Pero hubo más razones en mi decisión. También están todos ustedes. Yo debo velar por once mil millones de seres humanos. Y sé que la mayor parte de ellos no tienen culpa alguna de que un reducido grupo se haya obstinado por orgullo y soberbia en eliminarnos.

»Es mi deber advertir a la humanidad del peligro que la acecha. Es mi deber recomendarles que dejen de vivir en la más pura ociosidad y vacío, y busquen la enseñanza de Dios en el pasado, para salvar sus almas antes de que sea demasiado tarde.

»El odio y la violencia de los siglos pretéritos hizo que los sórdidos intereses de los hombres enterrasen la palabra de Dios y se la negaran a las generaciones posteriores.

»La naturaleza, sabia siempre, no podía condenar a los hijos de aquellos mezquinos y egoístas gobernantes, y por eso facilitó el medio para que la muerte pudiera ser demorada todo lo más posible. Todavía es tiempo, pues, de abrir los ojos de la razón. Tenéis conocimientos superiores sobre la verdad histórica. Podéis reproducir a Cristo, como habéis reproducido a Sócrates y a Napoleón.

»Ésa es vuestra única oportunidad… ¡Aprovechadla! Y ahora, con el debido respeto, cedo la palabra a mi compañera, mientras yo recobro el aliento y ordeno mi siguiente discurso. También necesito beber y reponer fuerzas.

* * *

—… cierto os digo: el que no entra por la puerta en el corral de las ovejas, mas sube por otra parte, el tal es ladrón y robador.

»Mas el que entra por la puerta es el pastor de las ovejas.

»A éste abre el portero y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por su nombre y las saca.

»Y como ha sacado fuera todas las propias, va delante de ellas; y las ovejas le siguen, porque conocen su voz.

»Mas al extraño no seguirán, antes huirán de él, porque no conocen la voz de los extraños.

»Esta parábola les dijo Jesús; mas ellos no entendieron qué era lo que les decía.

»Volvióles, pues, Jesús a decir: "De cierto, de cierto os digo: Yo soy la puerta de las ovejas.

»Todos los que antes de mí vinieron, ladrones son y robadores; mas no los oyeron las ovejas.

»Yo soy la puerta: el que por mí entrare, será salvo; y entrará; y saldrá, y hallará pastos…"

Hora tras hora, interminablemente, tanto G'wer como An Lowe fueron repitiendo, incansables, los evangelios, las epístolas, comentando las parábolas de la palabra de Cristo.

Día tras día, infatigablemente, la palabra de los santos libros surgió de aquellos labios que no parecían fatigarse jamás. Al cabo de semanas se repetían las mismas palabras, se hacían otros comentarios, se exponía con ejemplos el significado de la palabra de Dios.

Unas veces, An Lowe dormía allí mismo, en el suelo, ante los impasibles jueces. Otras era G'wer quien descansaba, después de haber hablado durante ocho horas seguidas, comido y bebido, para luego, a una señal de su compañera, golpeándole ligeramente con el pie, despertarse, tomar un breve refrigerio y empezar de nuevo su discurso.

Se recurrió también a la poesía, para embellecer las historias que narraban, tanto de orden religioso y místico como relacionando todo ello con el caso que les ocupaba ya desde varios meses, y que no parecía tener trazas de acabarse nunca, puesto que jueces y acusadores se mantenían firmemente en sus puestos, escuchándolo todo, como si estuviesen hipnotizados.

Fue preciso, al fin, que el presidente diera una tregua, de acuerdo con los acusados, para que pudieran todos reponer energías. A este propósito, Eli Helper intervino, diciendo:

—Ruego a la defensa que me atienda.

—Estoy al servicio de usted, presidente —dijo An Lowe, que era la que tenía la palabra en aquel instante.

—Nosotros os hemos concedido permiso tácito para reponer vuestras necesidades físicas. Pero, aunque más fuertes y mejor dispuestos, nosotros también tenemos necesidad de reponer energías. Te ruego, pues, nos permitas suspender este juicio tan extraordinario, para cumplir con esa necesidad.

»Estamos dispuestos a reanudarlo en cuanto mismamente hayamos recuperado las energías necesarias.

—Con vuestro permiso, señor, debo consultar con mi compañero dormido. Aunque también hay un modo de terminar definitivamente, si la acusación pronuncia la palabra basta.

An Lowe miró a los acusadores. Pero ninguno se atrevió a pronunciar siquiera una idea. Nada revelaba en ellos si estaban cansados o no. Tampoco podía decirse si las enseñanzas de los evangelios les había despertado un vestigio de caridad, honradez o perdón, o si, emocionados por la enseñanza recibida, querían continuar para aprenderlo todo.

An Lowe, pues, despertó a G'wer y le expuso la pretensión del presidente.

—Desde luego, amor. Nosotros no somos intransigentes… ¡Somos los acusados! Se nos ha de garantizar la continuidad de nuestro discurso. Sólo llevamos tres meses y nos faltan más de setecientos noventa y nueve años y medio.

* * *

El juicio, pues, fue suspendido y los robots-soldados escoltaron a los dos acusados hasta su alojamiento, donde pudieron descansar durante dos días enteros, para luego ser requeridos de nuevo a reanudar la sesión.

Las primeras palabras del presidente Eli Helper fueron:

—Nos reunimos de nuevo para fallar la acusación presentada contra An Lowe y G'wer, en el caso jurídico más apasionante de cuantos registra la historia de la jurisprudencia humana.

»Es de ley, según los textos, que la defensa puede ser todo lo extensa que se quiera. Y lo asombroso es que los acusados se defienden con valor y constancia, diciéndonos cosas que ni siquiera sabíamos.

»Yo no puedo influir en la decisión de la comisión jurídica, pero puedo aclarar que, aunque la acusación no sea retirada, si en el transcurso de la defensa toda el ala izquierda, sin exceptuar uno, pasara al ala derecha, el veredicto sería de inocencia y los acusados serían libres.

»Es la ley y así debe ser respetada.

»Hecha esta aclaración, ruego se reanude el juicio y los acusados inicien de nuevo su defensa.

G'wer estaba ahora fumándose un cigarro puro que había traído de su alojamiento. Llevaba un llamativo buzo azul claro, con piedras preciosas, y lanzaba el humo hacia el estrado de los acusadores.

—Amigos, hermanos míos —empezó diciendo— henos de vuelta aquí… Aquí estamos, consumiendo el tiempo, perdiéndolo inútilmente, cuando vosotros tenéis tantas cosas importantes que hacer en vuestros lugares de estudio y recogimiento.

»No dudo que habréis de pensar mucho acerca de cuanto aquí se ha dicho y expuesto. Sé que habéis pensado y que os turba el que todo ello pueda ser verdad y hayáis estado ciegos a la verdad que creíais poseer.

»Os he repetido durante tres meses la palabra divina. Os he dicho que somos inocentes, que An Lowe quiso sacrificarse por mí y yo no podía aceptar su sacrificio. Os he dicho que los orianos no me hicieron para causar mal, que me reproduzco como ellos me enseñaron y que siento como ellos sintieron.

»Vosotros estáis perdiendo un tiempo y nosotros también. Pero no esperéis jamás que me rinda. Hablaré, hablaré y hablaré, hasta que caiga muerto, si es ése el deseo de Dios… ¡O hasta que os rindáis vosotros y tengáis que dejarnos libres para regresar a Orian!

»No tenemos otra alternativa. La ley debe ser respetada y la defensa tiene muchas cosas que decir.

»Ahora An Lowe y yo hemos decidido turnarnos para explicar todo aquello que, de un modo u otro, tenga relación con la vida de los hombres tanto en la antigüedad como ahora. Vamos a repetiros textos olvidados que os harán meditar por su belleza y alta enseñanza. Hemos clasificado seis mil textos del archivo de historia, que nos han sido facilitados para apoyar nuestra defensa.

»Los tenéis que aceptar porque se refieren a cuanto de hermoso hizo el hombre en la antigüedad. Así demostraré el vínculo existente entre nosotros, seres trasplantados de la antigüedad, por obra del ingenio de otros seres, descendientes de vosotros mismos, en razón de evolución directa.

»Para empezar, el pensador antiguo recogió del mundo mitológico

que lo envolvía las leyendas populares que, desde los arcanos del tiempo, las gentes habían divulgado. La mitología fue la fuente de…

—¡Basta! —exclamó Hoer Kany, en aquel mismo instante, agitándose en su asiento—. ¡No soportaré tres meses más de inocente verborrea! ¡Renuncio a mi derecho de acusador! ¡Puede el presidente decretar la libertad de los acusados y permitirles ir donde quieran!

»¡Pero exijo que la ley sea modificada a partir de ahora, para que jamás pueda escudarse nadie en el agotamiento de juristas y acusadores! ¡Ésta es la burla más ignominiosa de la historia de la jurisprudencia!

Eli Helper, satisfecho, no pudo por menos que declarar:

—Los acusados son inocentes. Pero ahora ruego a la comisión que ejerza su derecho legislativo, para que podamos conocer cuál habría sido su veredicto… ¡Deseo conocerlo!

Los juristas de la comisión se movieron rápidamente hacia el lado derecho del presidente… ¡Y no hubo ni una sola excepción, ni siquiera la más mínima vacilación!

EPÍLOGO

Desde la terraza de su casa, en Orian, G'wer contempló el valle rosado y verde, ondulado, caprichoso y poético. Por la carretera de polvo amarillo, procedente del lago azul, subía el coche de An. Él no la esperaba tan pronto.

Su mujer y los niños habían ido a bañarse a la playa del lago. Tanto a Jeel como a Tere les encantaba chapotear en el agua, echarse arena sobre sus pequeñas cabezas, correr, saltar y brincar. La madre solía mezclarse en los juegos de sus hijos y reía como ellos, en un éxtasis de felicidad.

G'wer sonrió. Estaba pensando en las dos noticias que iba a dar a su mujer. En cierto modo estaba impaciente por verla. Acababa de llegar a la casa, procedente del laboratorio, al pie de la elevada antena cósmica.

Regresó al salón y abrió el armario de los licores. Tomó una botella de vino escarchado y se sirvió medio vaso. Luego penetró en la cocina y del refrigerador tomó unos cubos de hielo y los echó en el vaso. Bebió el vino fresco.

En realidad, de vino sólo tenía el nombre. Aquello era zumo de una uva especial que sólo se cultivaba en Orian. No embriagaba y parecía ambrosía.

El mundo de G'wer y su pequeña familia era maravilloso, aunque era demasiado grande y estaba demasiado solitario. Por ello, trabajando en el laboratorio, después de recibir el mensaje de la Tierra, enviado por Eli Helper, G'wer había pensado en lo otro.

—¿Qué dirá An? —se había estado preguntando incesantemente—. Es una buena solución… ¡Y podemos hacerlo! Las máquinas están dispuestas… Claro que también debo contar con Tere y Jeel. Ahora no somos An y yo.

Salió a la terraza. El extraño coche de An se detenía en aquel momento ante la verja del jardín. Sus puertas laterales se descorrieron hacia atrás y primero saltó la niña al suelo. Aún llevaba puesto su breve traje de baño azul, hecho de una tela elástica y suave. Lo había cosido y cortado su propia madre.

Tere vio a su padre y gritó:

—¡Papá, papá! ¡Ya hemos vuelto!

—¿De veras? —preguntó él también gritando.

Jeel, el niño, salió con la cesta del almuerzo en la mano y corrió como una flecha hacia la puerta del jardín. Tenía seis años y sus piernas eran rápidas y flexibles. Siempre que miraba a su hijo, G'wer

veía su propia imagen, disminuida por la corta edad.

En cambio, Tere era el vivo retrato de su madre.

An Lowe también salió del coche. Como sus hijos, iba en traje de baño y su figura, de la que G'wer estaba tan enamorado, era delicada, preciosa, fascinante.

Ella le saludó con la mano, sonriendo.

—¿Ya has vuelto?

—Sí. Todo está en orden allá.

G'wer había dejado el vaso sobre la barandilla de la terraza y descendía rápidamente la escalera.

La primera que le echó los brazos al cuello fue la pequeña Tere, de cuatro años, que adoraba a su padre. Salió corriendo y saltó hacia él como una pequeña pantera bípeda.

—¿Cómo ha ido el baño? —preguntó G'wer, besando a su hija.

—Muy bien, papá. Pero tienes que reñir a Jeel porque se va nadando hasta donde los pies no tocan en el suelo.

—¡Ah, bribón! Le tengo dicho que no vaya…

—Nada como los peces, G'wer —dijo An, acercándose y besando a su esposo—. Jeel es un pequeño salvaje indomable.

El niño también se acercó a su padre y le tomó la mano, con afecto.

—Estas mujeres son unas pesadas, papá —dijo—. Yo no las aguanto más. Díselo a tu esposa que yo me las entenderé con mi hermana.

Entraron, todos en la casa riendo de la ocurrencia de Jeel, sentándose G'wer en una cómoda butaca, junto a la ventana. Sus hijos le rodearon, pretendiendo jugar con él.

—Vamos, ir a vuestro cuarto a vestirse. No debéis estar así. Éste es un hogar respetable… ¡Vamos, Jeel! Pantalones y camisa.

—Sí, capitán. Lo que tú mandes —replicó el niño.

Tere aún se quedó remoleando un poco, pero luego se marchó.

A G'wer no le gustaba que los niños estuviesen presentes cuando él besaba a An. Y los besos que solían darse poseían un aspecto que en nada podía compararse a la ternura. G'wer estaba seguro de amar cada día más a An.

Tomándola en brazos, ambos cayeron sobre la butaca, unidos sus labios.

Pero, esta vez, el arrebato no fue prolongado, como otras veces.

—¿Ya no me quieres, G'wer? —preguntó An, mirándole a los ojos con expresión apenada.

—No.

—Me volveré a la Tierra —dijo ella, sonriendo.

Él sonrió también y la abrazó con más fuerza.

—He recibido un mensaje del Presidente Helper.

—¡Ah, ya sabía yo que había algo! ¿Qué te dice?

—Muchas cosas. Aquello empieza a marchar por buen camino. La gente ha comprendido y se reza mucho. Aunque Helper cree que no es necesario pasarse el día rezando. Es sólo la voluntad firme la que vale. Puede que la humanidad se salve.

»Desde luego, él capta un gran cambio en todo. Dice que van a venir a visitarnos pronto.

An Lowe frunció el ceño.

—No me gustaría que vinieran. Ellos pertenecen a otro mundo.

—Aquél fue tu mundo, An.

—Sí, pero yo renuncié a él. Prefiero esto. No cambiaría mi felicidad por nada en el universo.

—Deseo que los niños conozcan la verdad de todo. No se horrorizarán al verles. Por otra parte, deseo que el profesor Arren reconozca a los niños. Es un experto en medicina antigua.

—¡Yo también lo soy! ¡Y mis hijos son humanamente perfectos! Nosotros sí que no lo somos.

—Bueno, no te enfades, querida. Vendrán unos días. Los niños hablarán con ellos y aprenderán mucho. Además, van a traernos algunas cosas.

—¡Pero si tenemos de todo aquí! ¿Es que echas a faltar algo?

—No es eso, amor.

—Bueno, si les has dicho que vengan…

—Sí.

—Lo que tú haces está bien hecho. Voy a preparar la comida. Me gusta hacerla yo. El robot alimenticio no está perfectamente ajustado y sus condimentos…

—An.

Ella se había puesto en pie y se alejaba. Se detuvo, volviéndose.

—¿Qué?

—He estado trabajando en la máquina que me reprodujo.

An Lowe entornó los ojos, mirándole con fijeza.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Por qué?

G'wer se levantó y abrazó a su mujer por el talle.

—Soy tan humano como puede haberlo sido cualquiera de los seres que vivieron hace quinientos mil años. Tú lo sabes.

—Lo sé, G'wer. Te realizaron muy bien. Tlem era perfecto. En tus hijos tienes la prueba. Son auténticamente niños de carne y hueso.

—Sí… He estado pensando en hacer algunas parejas más.

Ahora, G'wer estudió con atención el semblante de su esposa, esperando captar en ella algún indicio revelador de si debía continuar hablando u olvidar por completo el asunto.

—¿Para qué? —preguntó An Lowe, apenas sin voz.

—Estamos demasiado solos. Podríamos hacer varias casitas, distintas, claro está. Tres parejas más, como tú y yo sería suficiente. En veinte años, nuestros hijos se podrían unir a sus hijos y…

—¡Y ya tendríamos asegurada la descendencia, para bien o para mal!

—¿Qué quieres decir con eso de para bien o para mal? —preguntó G'wer, sorprendido.

—Una pequeña raza humana, con sus defectos y virtudes.

— Nosotros no tenemos defectos.

—Porque no podemos compararnos con nadie… En verdad, G'wer, ya que hablamos de esto, te diré que he pensado muchas veces en ello. Hube de tener a mis hijos sin más ayuda que la tuya. Es un vacío el estar solos. Pero también hemos de admitir que tener compañía es un grave peligro.

—¿Crees que nos llevaremos mal?

—No lo sé. Como humanos, e imperfectos, la historia ha demostrado que los hombres se odiaban.

—No siempre.

—Sí, no siempre. Pero cuando se odiaban eran auténticos animales.

—Nosotros no lo somos. Tlem pensó eso y desterró de mí todo lo irracional del hombre. Yo podía odiar a Hoer Kany, que quiso destruirnos. Y no pude odiarle. Es uno de los mejores amigos que tengo en la Tierra en la actualidad.

—No se trata de eso, G'wer. Se trata de seres que estarán con nosotros, que serán como tú y como yo. Y que tendrán sus familias. Habrá una continuidad natural y nos reproduciremos.

—Eso es lo que me parece bien. En la Tierra, pronto desaparecerán todos. La humanidad se habrá extinguido y sería bueno a los ojos de Dios que otros seres, como los que Él creó, estuviesen creando una raza como la que no debió perderse.

—¿Crees que Él lo encontrará bueno?

—Creo que ha puesto esa idea en mi mente para que la realice. Podemos hacer la prueba con tres parejas.

An Lowe sonrió

—Bueno. Después de todo, ¿por qué habíamos de llevarnos mal?

—¿Quieres, pues?

—¡Naturalmente que sí! Es idea tuya, aunque yo también lo había pensado también, sin decirte nada. ¿Cuándo los harás?

—Hoy mismo. Cuando llegue Eli Helper deseo darle la sorpresa.

—De acuerdo. Y habremos de proporcionarles vivienda.

—Sí, todo eso lo arreglaré en el laboratorio. Voy a preparar un programa completo para tres parejas.

—¿Cómo serán? —quiso saber An.

—Poco más o menos, como tú y como yo.

—¡No quiero ver ningún hombre más guapo que tú! —declaró An Lowe secamente.

G'wer frunció el ceño. Quizás era la primera vez que lo hacía en todos los años que llevaba con An.

—No deben ser igual que yo —habló lentamente.

—¡Ni ellas han de ser más bonitas que yo tampoco!

—Empiezas a demostrar que eres humana, An. Eso no es justo. No pueden ser iguales y serán semejantes nuestros. No pueden sentir inferioridad ni superioridad, envidia ni odio, ni desprecio…

An Lowe bajó la vista y murmuró:

—Perdón, G'wer. Creo que he sido injusta. Haz lo que debas hacer. Yo lo aceptaré como bueno.

—Gracias. Y te prometo no enamorarme de ninguna otra mujer.

—¡Espero que lo cumplas!

* * *

El concepto de laboratorio ultramoderno quedaba totalmente anticuado ante el lugar donde trabajó G'wer aquella tarde, en medio de unas inverosímiles máquinas de singular diseño.

Cualquier comparación con algo parecido es imposible.

Aquello era una vasta nave subterránea, a doscientos metros bajo el suelo de Orian, en donde seres ya desaparecidos habían creado algo auténticamente maravilloso y extraordinario.

G'wer se movía por allí con su aspecto humano, al que no podía ya renunciar, sabiéndose fruto e hijo de aquellas complicadas máquinas de funcionamiento electrónico y cibernético.

Más que partes de un gigantesco cerebro mecánico y eléctrico, aquel conjunto de cosas era el compendio de una enorme fábrica capaz de producir desde una aguja a un mundo, con habitantes y todo.

De allí había salido la fuerza inmensa capaz de contrarrestar los efectos de una tempestad sideral. Y de allí había salido G'wer y An Lowe, que eran seres auténticamente perfectos.

Aquellas máquinas poseían un «cerebro» común, que era un cuadro de instrumentos, sin ninguna indicación visible. Sus entrañas, que

jamás había visto G'wer, eran un amasijo de cables, circuitos, bobinas, condensadores, riláis, células ultrafotoeléctricas, computadores, analizadores, avisadores y motores.

La energía necesaria para mover todo aquello se producía allí mismo. Cada máquina tenía un objetivo o misión auxiliar e iban encadenadas unas a otras por invisibles conductos y cables.

Para crear todo aquello, los orianos estuvieron mucho tiempo. Trabajaron numerosos técnicos y se devanaron el cerebro hasta conseguir aquella maravillosa perfección.

El único ser que entendía bien todo lo que allí había era G'wer.

Él preparó el programa detallado, valiéndose de una cinceladora electrónica, o algo parecido, y luego, lo introdujo por una ranura apenas visible.

¡Ya había hecho a tres seres humanos!

Se fue hacia la puerta de una cámara y aguardó un breve tiempo. Luego, sin que nadie la accionase, la puerta de la cámara se abrió y apareció B'mer, vestido con un buzo color verde. Era casi tan alto como G'wer. De cabellos castaños y ojos oscuros. Aparentaba unos veintitantos años y tema facciones muy agradables.

—Hola, G'wer. Me alegro de conocerte. Mi nombre es B'mer.

Los dos hombres se dieron la mano solemnemente. Luego, de modo impulsivo, G'wer abrazó al otro, emocionado. Así sentaba las bases de una amistad que debía durar toda una vida.

B'mer correspondió al abrazo con efusión.

—Me necesitabas, ¿eh?

—El hombre no debe estar solo. Este mundo es muy grande. He creado una atmósfera deliciosa.

—Lo sé. Eres feliz con An Lowe. Tengo ganas de conocerla… ¡Y a tus hijos!

—Aguarda a los otros, B'mer. Tengo curiosidad por saber cómo son.

—¿No has preparado tú el programa de fabricación?

—Sí, pero he dejado el aspecto a juicio de la máquina. An no quiere a nadie más apuesto y varonil que yo.

B'mer sonrió.

—Comprendo. Mujer, al fin y al cabo.

La puerta se abrió de nuevo y apareció una mujer… ¡Pero Dios bendito, que mujer!

Los dos hombres no pudieron por menos que abrir la boca, estupefactos, porque ante sí tenían, reunida en una sola mujer, la belleza de todas las grandes hermosuras de la historia, desde la imagen de una Venus hasta las artificiales «girls» creadas para la

ficción teatral.

—¿Eh, qué os pasa? —exclamó ella, con gracia—. ¿No habéis visto nunca a una chica?

—No… Como tú, no —dijo G'wer—. ¿Quién eres?

Bonita y coqueta, ella se echó el rubio cabello hacia atrás, ondulando el cuerpo.

—Me llamo D'ser. Pero podéis llamarme Diana.

—¡Ay! —suspiró G'wer.

Después salieron, sucesivamente, cuatro personas más, dos hombres y dos mujeres. Excelentes ejemplares todos ellos de una raza nueva y fuerte. Hombres atléticos, proporcionados, de buena estatura y agradable aspecto. Las mujeres eran maravillosas, esculturales, exquisitas, flexibles y hermosas. Todas ellas, sin excepción, podían vanagloriarse de ser más bonitas que An Lowe. Y, en efecto, lo eran.

Cuando, al día siguiente, la esposa de G'wer las conoció, sonrió ampliamente y dijo:

—Lo imaginaba. G'wer es demasiado poético para crear una mujer peor que yo. Y si está enamorado de mí, mis compañeras no debían ser de otro modo. ¿Ha sido así, G'wer?

—Bueno, yo… Confieso que hice el programa con un poco de egoísmo. Ellos están bien… Ellas debían estar mejor. ¿Contenta, Diana?

—Mucho, G'wer. ¿Vas a enseñarme el lago de ensueño que tenéis por aquí?

—Té lo enseñará B'mer —medió An Lowe, sin malicia—. ¡Ah, ahí vienen los niños!

Tere y Jeel aparecieron en aquel momento, quedándose un poco sorprendidos ante la presencia en su casa de aquellas personas desconocidas. Pero su madre les llamó y, vencida su inicial timidez, pronto estuvieron jugando con los recién llegados.

—No debes ser celosa, An —dijo G'wer a su esposa—. Eso es muy feo.

—Entiendo. Haz que se casen pronto y que tengan sus propias casas. Si nos separamos pronto, me sentiré más segura… ¡Vaya con Diana!

—¿Y qué te parece Sara?

—¡Oh, oh!

—¿Y Lidia?

—¡…!

F I N

BOLSILIBROS TORAY

OESTE


ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.


HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.


RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.



SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.


ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

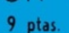
GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN


CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.


Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

